teatro-mínimo

t

Xus de la Cruz
Lola G. Otero
Paula Llorens
Luciano Muriel
Jana Pacheco
Sara Pereda
Silvana Pérez Meix
Isabel Vidal

Real Escuela Superior de Arte Dramático 1831

RESAD Departamento de Escritura y Ciencias Teatrales

nº cuatro

RESAD
Departamento de Escritura y Ciencias Teatrales

Directora: Yolanda Pallín
Consejo Editorial: Yolanda Pallín, Itziar Pascual y Pedro Víllora

© RESAD
© Xus de la Cruz
© Lola G. Otero
© Paula Llorens
© Luciano Muriel
© Jana Pacheco
© Sara Pereda
© Silvana Pérez Meix
© Isabel Vidal

Portada: Luis Sánchez de Lamadrid
Ilustración de la portada: Instalación de la Quatrienal de Praga 2015
Lugar y año de edición: Madrid 2015
ISSN 2254-5999

ÍNDICE

Taller de palabras, Yolanda Pallín 07

TEXTOS

Señor me has mirado a los ojos..., de Xus de la Cruz 09

El abuelo no viene a cenar, de Lola G. Otero 25

Recuerdos del olvido, de Paula Llorens 33

El patio de mi cole, de Luciano Muriel 45

Simetría de un beso, de Jana Pacheco 55

Igualitas, de Sara Pereda 65

MAD - JFK - MAD, de Silvana Pérez Meix 79

Encadenados, de Isabel Vidal 91

Taller de las palabras

> Lo que más me importa en este mundo es el proceso de la creación. ¿Qué clase de misterio es ése que hace que el simple deseo de contar historias se convierta en una pasión, que un ser humano sea capaz de morir por ella, morir de hambre, frío o lo que sea, con tal de hacer una cosa que no se puede ver ni tocar, que al fin y al cabo, si bien se mira, no sirve para nada? Alguna vez creí —mejor dicho, tuve la ilusión de creer— que iba a descubrir de pronto el misterio de la creación, el momento preciso en que surge una idea. Pero cada vez me parece más difícil que ocurra eso. Desde que comencé a impartir estos talleres he oído innumerables grabaciones, he leído innumerables conclusiones tratando de ver si descubro el momento exacto en que surge la idea. Nada. No logro saber cuándo es. Pero entretanto, me hice un adicto del trabajo en taller. Se me convirtió en un vicio, esto de inventar historias colectivamente…
>
> Gabriel García Márquez, *Cómo se cuenta un cuento*

Un taller de escritura ocupa un lugar en el espacio pero es un estado mental.

El escritor siempre escribe sólo. Tarde o temprano vuelve a su habitación propia, a su reducto, o guarida, y se enfrenta con el folio en blanco. Cuando el escritor forma parte de un taller esa blancura refulge porque devuelve, multiplicada, la potente luz del trabajo previo. El taller, como el mismo teatro, rescata al autor de una soledad voluntaria, elegida y necesaria.

Primero está la incitación, a veces certera; otras vacilante. La primera idea. La sensación cazada a lazo o la reflexión ante lo que la vida nos ofrece a diario. Todo es material de trabajo. Cualquier estímulo puede ser incorporado por el escritor a su arte. Un escritor es, ante todo, una potente máquina de reciclado. Porque, como bien sabemos, no hay nada que podamos imaginar que no haya sido ya imaginado. Y sin embargo, permanece la convicción de los nuevos fulgores.

El escritor de teatro, además, aventura una historia que le pone carne a esa primera materia sin contornos. Se trata de contar un cuento. Ni más ni menos. A veces los cuentos son diáfanos y otras opacos, pero en ellos hay espacios y tiempos, al menos los del escenario; y gentes, al menos los representantes. Cuentos fantásticos o realistas, satíricos o melancólicos, tristes o esperanzadores, que nos ofrecen una nueva mirada sobre el mundo.

A veces, antes está la idea. O eso defendemos frente a la audiencia cuando explicamos «lo que queremos contar». Aunque, muy a menudo lo primero es la historia. El «había una vez» que está sin ser mencionado. Entonces llegan las formas: hay que contar ese cuento juntando las palabras; y ahí es donde el taller ejerce una función sanadora: los compañeros de taller son nuestros primeros oyentes y lectores. Son la contrafigura del espectador. O su alter ego. En el taller de creación, la magia puede hacer acto de presencia en cualquier momento. Pero para hacer fuego hace falta frotar las piedritas con mucho empeño. Que la inspiración nos pille siempre trabajando.

Hay talleristas tímidos y también los hay osados; pero es raro que en algún momento no aparezca el pudor ante la obra incipiente, todavía torpe y balbuceante. Como el actor que ensaya un texto que apenas ha retenido en la memoria, el autor/ tallerista ha de ser capaz de mostrar su indefensión ante sus compañeros de taller.

El tallerista que aporta un nuevo material al taller es muy importante; pero el que escucha y enriquece el material del compañero con su esmero es fundamental. Un taller, de creación artística o de marquetería, es también un grupo social. Y los grupos sociales tienen sus dinámicas, sus fluctuaciones atmosféricas. Son viajes del tú al nosotros. El taller de escritura dramática se hace como el teatro: a fuerza de grupo.

Con cada promoción, en cada curso, aparece el reto de un nuevo taller. Y entonces un día te das cuenta de que el Taller es para siempre porque no hay caminos que no se hagan al andar. Golpe a golpe y palabra a palabra.

Yolanda Pallín

t

Señor me has mirado a los ojos, sonriendo has dicho mi nombre. En la arena he dejado mi barca. Junto a ti, buscaré otro mar...

Xus de la Cruz

10. Teatro Mínimo nº 4

11. *Señor me has mirado a los ojos...*, Xus de la Cruz

Personajes:

Sagrario

Carmen

12. Teatro Mínimo nº 4

Sagrario *y* Carmen, *vestidas totalmente de azul celeste con ropas muy austeras, están inmóviles en mitad de un erial. Una llanura castellana las rodea. Al fondo, muy al fondo, una construcción, una caseta de aperos de labranza. Sobre ellas un gran árbol medio seco, a su alrededor flores empaquetadas, rosas, claveles reventones, lirios y gerberas. Se atisban también jarrones vacíos y marcos con imágenes religiosas. Entre ellas destaca una, es grande y tiene un marco muy ostentoso. Es la Virgen de las Tres Alegrías y de los Siete Dolores. Entre* Sagrario *y* Carmen *un cuerpo tapado con una sábana blanca.*

Sagrario.– ¿*Po* dónde empezamos?

Carmen.– No sé, no dice nada. POR, se dice por...

Sagrario.– Mira que eres melindres... ¿No tiene nada que decir, nosotras sabemos...? ¿Tú sabes perfectamente lo que tenemos que hacer? ¿No?

Carmen.– Bueno, pero ella podría decir algo, venir, pensar en algo, vamos digo yo...Y no dejarnos aquí a la buena de Dios...

Sagrario.– Creo que está en la fase del sueño ese, ¿cómo se dice leñe? Como el grupo ese de música...

Carmen.– Rem... la fase se llama Rem... No, yo creo que está exhausta. No queda más remedio, tenemos que empezar nosotras la acción. Cooperación...

Sagrario.– Oye que yo siempre coopero contigo. Llevamos haciendo esto una semana entera, en su cabeza claro, y sin final...

Carmen.– Claro es que esto, lo que ves, es su cabeza.

Sagrario.– ¡No jodas! ¿Todo esto está en su cabeza?

Carmen.– Parece mentira que no sepas a quien pertenece este lugar... Y quien eres tú.

Sagrario.– ¿Intentamos despertarla?

Carmen.– No está dormida, está cansada. Lo está intentando ¿no la ves?

Sagrario.– Yo no veo *naita* hija, *na* más que este erial. Pues mira, por intentarlo no perdemos nada. La despertamos...

Sagrario *coge un jarrón y comienza a golpearlo con el marco de una de las imágenes.*

Carmen.– ¿Qué haces, se puede saber? Suelta a la Virgen de las Tres Alegrías y de los Siete Dolores inmediatamente, hereje, que eres una hereje. Así quieres entrar... Mal empezamos. No tienes que despertarla, no está dormida. Tenemos que llamar su atención. Con esto mismo...

Sagrario.– ¿Con eso? *Güeno*...

Carmen.– Bueno, se dice buenoooo.

Sagrario.– Vale, vale...

Carmen *comienza a tirar piedras al vacío,* Sagrario *la sigue.*

Sagrario.– Nada que está empanada. Sigo pensando que está dormi...

Carmen.– Está cansada y punto. Vale ya de tonterías. Tenemos que hacer la acción y cooperar

Sagrario.– Oye maja, que yo siempre coopero contigo...

Carmen.– Venga acción, este protocolo comienza con acción.

Sagrario.– ¿Protocolo? Si estamos solas, ¿Qué protocolo ni qué niño muerto? Con perdón del cuerpo presente, que esta es otra, ¿*pa* qué nos coloca aquí un fiambre? ¿A ver qué hacemos con él? No es verosímil, no lo es...

Carmen.– El nombre del ejercicio es «Protocolo».

Sagrario.– ¿Qué somos un puñetero ejercicio? No me lo puedo creer, que degradación ¿Un ejercicio de qué?

Carmen.– Pues de qué va a ser, de prácticas de escritura.

Sagrario.– Esta *tiparraca* no tiene vergüenza, nos está utilizando para hacer un puñetero ejercicio. Yo paso, yo paso...

Carmen.– No te quejes. Quizás seamos el germen de algo más largo, nunca se sabe. ¡Venga, acción! El ejercicio comienza con las dos haciendo una acción y cooperando.

Sagrario.– Bueno ya lo estábamos haciendo, estábamos cooperando haciendo una acción para despertarla...

Carmen.– No está dormida, estábamos intentando llamar su atención. Creo que lo hemos conseguido, ahora tengo más claro lo que tenemos que hacer.

Sagrario.– Pues hija, que suerte, yo no noto *naita*. Sigo igual de perdida.

Carmen.– Clarooo porque la acción es propia de B y esa soy yo.

Sagrario.– ¿Y yo que soy, la pringada de turno?

Carmen.– No mujer, tú eres A.

Sagrario.– Si tú lo dices...

Carmen.– Las flores, venga acción. El ejercicio comienza con las dos haciendo una acción física y cooperando.

Sagrario.– Pero si ya estábamos haciendo una acción para …

Carmen.– No le des más vueltas y ponte con las flores...

Sagrario.– Para despertarla...

Carmen.– ¡Qué no está dormida! ¿Cuántas veces te lo tengo qué repetir?

Sagrario.– *Pos* no lo entiendo... ¿Por qué no está aquí entonces? No lo entiendo...

Carmen.– ¡Las flores! ¿Quieres entrar?

Sagrario.– *Pos* claro...

Carmen.– PU-ES venga, al tajo. ¿Lo has traído?

Sagrario.– ¿*Lo* qué?

Carmen.– EL, EL, EL QUÉ. Se dice EL, no LO. Tu «pase» para entrar, tu donación.
Sagrario.– Sí, sí lo he traído. Es la tradición, ¿no? El nuevo *apirante*
Carmen.– Aspirante...
Sagrario.– Pues eso hija, el nuevo aspirante hace la donación ante la aparición. ¿Es así no?
Carmen.– Así es. Empieza por los claveles, yo comenzaré por las rosas.

Las dos mujeres comienzan a desempaquetar las flores, crean centros con ellas y las reparten alrededor del árbol metiéndolas en los jarrones. Acomodan también los marcos con las imágenes divinas sobre las ramas. Toda esta acción se desarrolla durante el siguiente diálogo.

Sagrario.– ¿*Asín* va bien?
Carmen.– ASÍ, va perfecto. Quizás tienes que mezclar más los colores para qué se vea más vistoso...
Sagrario.– ¿Este te parece mejor?
Carmen.– No, ese está fatal, es muy hortera.
Sagrario.– Bueno pues hazlo tú, que yo sólo te estoy echando una mano.
Carmen.– ¿Pero no querías entrar?
Sagrario.– *Pos* claro que quiero. Digo pues...
Carmen.– PUES coloca las flores con gusto hija.

Silencio. Continúan colocando las flores.

Sagrario.– Cómo se entere mi hermana de que estoy aquí...
Carmen.– ¿Qué? No estás haciendo nada malo.
Sagrario.– Sí, eso pienso yo... Pero ella no piensa igual. Cuando se enteró de que había tirado toda mi ropa, *todita* de marca, no veas como se puso, como una bestia *carrupia*.
Carmen.– ¡¡¡Corrupia!!! Pero tú le explicaste, ¿no?
Sagrario.– Claro.
Carmen.– ¿Y no lo entendió?
Sagrario.– No, es que ella odia el azul celeste.
Carmen.– ¡Santo Dios! Pero eso es un pecado mortal por lo menos.
Sagrario.– Bueno no creo yo que sea *pa* tanto, tanto como un *pecao*. La verdad es que después yo me arrepentí.
Carmen.– ¿Después de qué?
Sagrario.– ¿Tú sabes el pastón que tiré en ropa? Creo que a la Virgen esta de las Ocho Penurias y las Tres Alegrías le dará igual como vayamos vestidas, digo yo... (*Gritando*

hacia el árbol.) ¿¡Virgencita, virgencita a que a ti te da igual que mis pantalones sean de Dior o de...

Carmen.– ¡Calla! ¡Baja la voz!, que nos pueden oír...

Sagrario.– No sé quién. Si esto es un ejercicio, ¿no? Diálogo entre A y B, ¿recuerdas? Estamos solas, bueno está C. El espacio pertenece a ella, pero *na* más. Y como está dormida...

Carmen.– Cansada.

Sagrario.– Sobada.

Carmen.– No, rendida.

Sagrario.– ¡Marmoteando!

Carmen.– ¡Extenuada!

Sagrario.– Amodorrada, adormilada, somnolienta, ¡Frita, que está frita!

Carmen.– No, hecha migas es lo que está. Para el arrastre, está para el arrastre. ¡Molidita! Nada de dormida, está ahí.

Sagrario.– ¿Dónde? Yo no la veo.

Carmen.– Escucha, ¿no la oyes respirar?

Sagrario.– Pues no. No oigo nada, porque en este erial no hay ni un alma, sólo pedruscos y éste árbol *securrio.*

Carmen.– Es su cabeza...

Sagrario.– Mierda de metáfora... Un erial... Su cabeza... Pues menudo marrón se ha inventado.

Carmen.– Sabemos cómo solucionarlo.

Sagrario.– Bueno yo soy la que te está ayudando...

Carmen.– Pues sigue, esto es una gran obra, de caridad claro, no de las otras.

Silencio, siguen colocando flores...

Sagrario.– Pues el otro día leí algunas críticas en Internet que... Hablaban sobre la caridad que gestionan las organizaciones de las apariciones marianas. Hablaban también sobre don Antonio.

Carmen.– No darás crédito a todo lo que lees en esa basura endemoniada de Internet

Sagrario.– Sólo digo que hablaban de las apariciones y decían que eran...

Carmen.– ¿Qué? ¿Qué eran?

Sagrario.– Bueno yo sólo digo lo que he leído. Decían que era un...

Carmen.– ¿Y cuándo fue eso?

Sagrario.– El otro día en el trabajo mientras...

Carmen.– ¡Muy bonito! Mientras nosotras nos dejamos los pulmones entre los ácidos que emanan del regaliz, los polvos con los que se hacen los chicles y los colorantes

que llevan las fresas esas que crean adicción a los niños, en esa mierda de fábrica, tú estás en tu mega despacho viendo cositas por Internet. Desconfiando de las apariciones de nuestra Señora la Virgen de los Diez Dolores y las Tres Alegrías. ¡Muy bonito!

Sagrario.– Bueno fue en un rato que tenía libre y...

Carmen.– ¿Y? ¿Sabes qué para nosotras ese rato son diez minutos para el bocadillo y cinco para ir al baño? ¿Lo sabes?

Sagrario.– Claro y también sé que os salís de *extranjis* siempre que podéis y dejáis sola la máquina que fábrica los caramelos nuevos. Y que tapáis la cámara con la chaqueta del uniforme y que la imagen de la cámara de seguridad no se va y que el *segurata* es un *tolai* y yo me podría chivar a los de arriba, pero me callo, ME-CA-LLO. Eso lo sabes ¿no?

Carmen.– Es que es inhumano, por la mierda de sueldo que nos pagan. No sé para qué me han servido tantos años de estudio y...

Sagrario.– Total, queda un año...

Carmen.– ¿Un año de que, un año para qué?

Sagrario.– Nada, de nada...

Carmen.– Sagrario que te conozco...

Sagrario.– Un año de... *Güeno*... Digo bueno...

Carmen.– ¿No querías purgar tus culpas y decirle a la virgen cuando se aparezca lo arrepentida que estás de tus pecados, de ser un eslabón en la cadena de explotación de las obreras de este país, de lo que hicisteis cuando a la pobre hija de Marga la máquina de las piedrecitas de chocolate le cortó la mano? ¿No has tirado toda tu ropa de marca para demostrarle a nuestra señora tu fe ciega? ¿No has decidido, como nosotras, vestir siempre de azul celeste como el manto inmaculado de la virgen de los Nueve Dolores y las Tres Alegrías?

Sagrario.– Sí.

Carmen.– Pues lo primero es no mentir. Que es uno de los once mandamientos, «no mentirás», esta antes de «no matarás». ¿Un año para qué?

Sagrario.– *Pos*...

Carmen.– ¡¡¡¡¡PUES!!!!!

Sagrario.– Sí, perdona, PUES ya sabes... los beneficios...el jefe y mi hermana dicen que no dan, que no llegan... Que allí lo de los riesgos laborales está menos controlado, los sueldos son muy bajos... En un año harán las golosinas los indios.

Carmen.– ¿Qué indios?

Sagrario.– Los de Bangladesh. Han firmado un contrato para trasladar la fábrica allí.

Carmen.– ¿Y nosotras?

Sagrario.– Os darán una indemnización.

Carmen.– ¡Seguro, seguro, una mierda como un piano nos van a dar! Estafadores... Ladrones...

Sagrario.– Bueno en la aparición de hoy le podemos pedir a la virgen que...

Carmen.– ¿Qué virgen ni qué...?

Sagrario.– ¿Cómo?

Carmen.– Esto... que a la virgen se le pide para los pobres, para los necesitados...

Sagrario.– *Amos* leñe y tú qué eres, si en un año estarás en la puñetera calle...

Carmen.– ¿Y tú?

Sagrario.– ¿Yo?

Carmen.– Sí tú, ¿qué pasa contigo, también vas a la calle?

Sagrario.– Bueno... de la fábrica me voy como todas...

Carmen.– ¿Y?

Sagrario.– Y nada, de la fábrica también me echan... Oye, esto (*Señala el cuerpo que está tapado con la sábana blanca.*) empieza a oler...

Carmen.– Lo sabía lo he soñado...

Sagrario.– No empieces con los sueños que miedo me das. El día del accidente de la hija de Marga también soñaste que...

Carmen.– ¿Accidente? ¿Que una máquina le corte la mano a una niña porque la tenéis en activo sin que pase la revisión lo llamas accidente? ¿Que a alguien, que ocultáis como ratas, se le olvidara ponerle el seguro a la máquina es un accidente? Es una negligencia y una muestra de vileza por vuestra parte. Sois una panda de sinvergüenzas y de alimañas y todo por no gastaros dos duros... Yo sabía que mi sueño era una clave que debía descifrar...

Sagrario.– Dímelo escardando, como decía mi abuela. Como llegue don Antonio y vea que el santuario para la aparición de la virgen todavía no está preparado nos la va a liar parda, como el otro día durante la misa cuando se dio cuenta de que no tenía monaguillos...

Carmen.– ¿Y qué? Que la responsable soy yo.

Sagrario.– Bueno, pero yo me juego mí entrada hoy...

Carmen.– (*Señalando unas rosas.*) Pon estas por ahí.

Sagrario.– ¿Aquí?

Carmen.– Sí. Mi sueño es una clave que debo descifrar, descifrado el sueño, descifrada la clave...

Sagrario.– ¿Qué dices ahora? ¿Aquí te parece que están bien colocadas?

Carmen.– Las neuronas oxiacetilénicas lanzan impulsos de alto voltaje al lóbulo anterior...

Sagrario.– ¿Qué te pasa?

Carmen.– Estos impulsos crean figuras y las figuras crean...

Sagrario.– ¡Ay mi madre! ¿Te está poseyendo ya la virgen?

Carmen.– Las figuras crean...

Sagrario.– Espera que apunto el mensaje de nuestra Señora de las Tres Alegrías y los Diez Dolores...

Carmen.– Crean sueños, las figuras crean sueños. Pero nadie sabe por qué elegimos unas figuras concretas. Antes de que la niña de Marga perdiera la mano en esa mierda de máquina, la noche antes en mi sueño, había una mujer dentro de una casa con cortinas rojas. Se le olvidaba cerrar el pestillo de la casa y la casa salía ardiendo... En el sueño de ayer...

Sagrario.– Eso no es el mensaje de la virgen... ¡Para!

Carmen.– ¿Por qué elegimos unas figuras concretas?

Sagrario.– Oye ¿los marcos con las vírgenes dónde los cuelgo? ¿De las ramas? Mira esto que bonito, con ello podemos hacer una guirnalda...

Carmen.–Habían pasado veinticinco años.

Sagrario.– ¿Dónde?

Carmen.– En mi sueño, en el de ayer. La misma mujer, la misma casa con las cortinas rojas. Pero veinticinco años más tarde. Y llevaba un tatuaje, «Fuego camina conmigo». Cerraba el cerrojo de la casa...

Sagrario.– Me estás asustando...

Carmen.– ¿Llevas un tatuaje?

Sagrario.– Tú sabes que yo jamás me haría un tatuaje. Las monjas me lo grabaron a fuego, «los tatuajes son de *pilinguis*», decía siempre sor Penitencia.

Carmen.– ¿A fuego?

Sagrario.– Bueno, tú ya me entiendes que...

Carmen.– A la mujer del tatuaje se le doblaban los brazos hacia atrás. Porque escondía algo que no quería que yo viese...

Sagrario.– Carmencita hija, creo que estás cansada de estar aquí a *to el solitrón.*

Carmen.–¡¡¡¡¡ AL SOL!!!!!!

Sagrario.– No te sulfures. Al sol, al sol... Venga que no queda nada para que lleguen los autobuses con la gente. Todavía nos faltan unas cuantas por colocar. ¡Ay madre! Mira, creo que los que vienen haciendo penitencia andando ya empiezan a aparecer. ¡Mira!

Carmen.– Tranquila unos vienen descalzos y otros de rodillas, las heridas no les permiten correr mucho, llevan andando cien kilómetros...

Sagrario.– Bueno pero tiene que estar todo preparado para que nuestra Señora de los Once Dolores y las Tres Alegrías, pueda aparecerse y yo...

Carmen.– ¡¡¡Y YO, Y YO, YO...!!!

Sagrario.– ¿Qué pasa, eso también está mal dicho...?

Carmen.– No, eso lo sabes decir de perlas. Tú, tú y tú, siempre tú. Ese es otro pecado que la Virgen de los Doce Dolores y las Tres Alegrías no perdona, el egoísmo de algunos de sus hijos...

Sagrario.– No soy egoísta, aquí tengo la «ofrenda», el donativo.

Carmen.– ¿Al portador?

Sagrario.– Bueno está en blanco, me dijo don Antonio que tenía que ir a su nombre, pero no me dio los datos.

Carmen.– No pasa nada, pon al portador, lo puede cobrar igualmente.

Sagrario.– ¿Y si se pierde?

Carmen.– Mujer que se va a perder. ¿Es la cantidad que acordamos?

Sagrario.– Claro es la cantidad que pidió la virgen para hacer la ermita en su última aparición, ¿no?

Carmen.– Sí, sí. Mira, allí. Donde está la caseta de aperos de labranza, allí va la ermita. Estos terrenos son oro puro, mientras se aparezca la virgen y el obispado lo reconozca, de aquí no nos mueve ni Dios, con perdón...

Sagrario.– ¡Qué ganas tengo de verla! ¿Es guapa, verdad?

Carmen.– Guapísima, un primor.

Sagrario.– ¿Reluce?

Carmen.– ¿Cómo?

Sagrario.– ¿Qué si brilla?

Carmen.– Vamos que si brilla, más que el anuncio de *Chuepss* de la Gran Vía.

Sagrario.– ¿Pero tiene tantos colorines?

Carmen.– Bueno no tantos, alguno parecido. La bandera gay desde luego no es.

Sagrario.– ¿Y tiene corona?

Carmen.– Con estrellas y todo...

Sagrario.– ¡Qué emoción! ¿Y perdona todos los pecados verdad?

Carmen.– Ya está todo terminado. Ahora solo queda esto. (*Señala el cadáver.*) ¡Qué peste suelta!

Sagrario.– ¿Qué hacemos? ¿Cómo lo colocamos para que le sea más fácil hacerlo? ¿Así?

Carmen.– Un poco más a la derecha.

Sagrario.– ¿Aquí? Oye y tengo que rezar algo en concreto para que perdone...

Carmen.– Tres centímetros más a tu izquierda y con la cara...

Sagrario.– Oye que esto huele... y pesa un quintal. (*Al cadáver se le cae la sábana.*) Santo Dios, tiene la cara destrozada, ¿de dónde lo habéis sacado?

Carmen.– Es un cuerpo donado a la ciencia. Uno de nuestros feligreses trabaja en la facultad de medicina...

Sagrario.– Pues vaya tela, si donó su cuerpo a la ciencia sería un ateo y termina en las apariciones marianas para ser resucitado...

Carmen.– ¿Tú qué sabes?

Sagrario.– Hija es una suposición... Lo dejo aquí entonces.

Carmen.– ¡Perfecto! Ábrele los brazos.

Sagrario.– Está un poco duro…

Carmen.– Átale estas cuerdas a las manos y pásalas por detrás del tronco del árbol.

Sagrario.– ¿Para qué? ¿Para qué no se caiga?

Carmen.– Tú hazlo... Muy bien. Estas cuerdas para las piernas. Aquí están ya los autobuses. Rápido, pon las vallas.

Sagrario.– ¿Aquí están bien?

Carmen.– Más lejos. Mucho más, no pueden ver...

Sagrario.– ¿Qué no pueden ver?

Carmen.– Las vallas más lejos.

Sagrario.– ¿Por aquí? Oye no me has dicho que es lo que tengo que rezar para que perdone mis pecados...

Carmen.– ¿Desde allí ves las cuerdas?

Sagrario.– No...

Carmen.– ¡Perfecto! Yo me escondo aquí.

Sagrario.– ¿Para qué?

Carmen.– (*Tirando de las cuerdas que están atadas a las extremidades del cadáver.*) ¿Se le ve moverse?

Sagrario.– Sí

Carmen.– ¿Se ven las cuerdas?

Sagrario.– No, pero... ¿Tú lo vas a mover?

Carmen.– Claro y en cuanto lo mueva un poco don Antonio lo lleva a la caseta y...

Sagrario.– ¿Y?

Carmen.– Y nada, ¡Aleluya! ¡Ha resucitado, nuestra Señora de los Catorce Dolores y las Dos Alegrías lo ha resucitado! Después lo enterramos y aquí paz y después gloria. O lo quemamos, ¿no decías que sería un ateo?

Sagrario.– Pero entonces...

Carmen.– Entonces nada. La virgen necesita una ayudita. Ella hace sus apariciones, pero lo de resucitar a los muertos..., ¿y si no puede...?

Sagrario.– Eso no puede ser, lo prometió en su última aparición...

Carmen.– Es una ayudita, nada más, por si en el último momento le flaquean las fuerzas. Igual también le flaquean las fuerzas y no puede perdonar tus pecados.

Sagrario.– ¿Qué dices mala pécora? Estáis timando a la gente...

Carmen.– Lo que oyes. ¿Cuales son esos pecados que tiene que perdonar?

Sagrario.– Eso son cuentas que tenemos que arreglar entre la virgen y yo. Y ya me he confesado con don Antonio. Yo me largo porque esto es un timo.

Carmen.– ¿Y tú? ¿Tú no estas timando a la gente?

Sagrario.– ¿Yo? ¿Qué dices?

Carmen.– Si tú, ¿desde cuándo sabes lo del cierre de la fábrica? Vete si quieres, pero dame el cheque.
Sagrario.– Ni hablar, esto es un timo.

Esconde el cheque, pone los brazos hacia atrás.

Carmen.– La mujer de mis sueños tenía los brazos doblados hacia atrás, escondiendo, escondiendo algo. No había echado el cerrojo en la casa y la casa se incendió... Tú escondes, confiesa el pecado, confiésalo...
Sagrario.– Tú si que escondes cosas...

Forcejean, el vestido de Sagrario *se rasga y deja entrever ropa interior de color rojo.*

Carmen.–Las cortinas, las cortinas eran rojas...
Sagrario.– Estas loca...
Carmen.– El cerrojo... Tú cuando cierren la fábrica a donde vas a ir
Sagrario.– ¿Qué dices?
Carmen.– Ya tienes trabajo verdad, vendida que eres una vendida.
Sagrario.– Timadora.
Carmen.– Tú te encargabas de supervisar la revisión de la máquina de la fábrica, ¿verdad? eres tú a la que ocultan... Por tu culpa la máquina no tenía puesto el seguro y falló y le cortó la mano a la hija de Marga, ¿verdad? El cerrojo... y la casa ardió. ¡Dame el cheque!
Sagrario.– Ni muerta.
Carmen.– Un momento, un momento...
Sagrario.– ¿Qué pasa?
Carmen.– Creo que viene por allí...
Sagrario.– ¿Quién?
Carmen.– Pues quien va a ser, C. ¿Ves cómo no estaba dormida...?
Sagrario.– ¡Estaba de procesión!
Carmen.– Bueno, de procesión, pero yo llevaba razón, estaba cansada. Ha salido un rato a toma el aire...

El espacio comienza a cambiar, el erial se transforma lentamente en una habitación a la que van entrando tres personas sin rostro.

Sagrario.– Mira, mira, lo está cambiando todo...
Carmen.– Esto si que no. Ahora no nos va a cambiar el final. Nos deja solas durante diez

páginas y ahora pretende hacer lo que le da la gana. De eso nada. (*Gritando a la nada.*) De eso nada, ¿me oyes?

Carmen *y* Sagrario *echan del espacio a las tres personas que habían entrado, sacan los muebles y el espacio se transforma de nuevo en el erial castellano.*

Carmen.– Venga esto termina como tiene que terminar y punto. ¿ Por dónde íbamos?
Sagrario.– Por... dame el cheque... Ni muerta...
Carmen.– Pues eso, venga, posiciones...

Se sitúan como al final de la escena.

Carmen.– Tú te encargabas de supervisar la revisión de la máquina de la fábrica, ¿verdad? Eres tú a la que ocultan... Por tu culpa la máquina no tenía puesto el seguro, falló y le cortó la mano a la hija de Marga, ¿verdad? El cerrojo... y la casa ardió. ¡Dame el cheque!
Sagrario.– Ni muerta.

Carmen *empuja violentamente a* Sagrario, *que al caer se golpea la cabeza fuertemente contra el suelo y queda malherida.* Carmen *le arranca el cheque de las manos y sale huyendo. A lo lejos se escucha el sonido de autobuses que llegan y en lontananza se divisa una marea de cuerpos vestidos de azul celeste que se acercan caminando. Se escucha un mantra católico: «Señor me has mirado a los ojos sonriendo has dicho mi nombre en la arena he dejado mi barca, junto a ti buscaré otro mar».* Sagrario, *lentamente saca una caja de cerillas y prende fuego a las flores... Entre las llamas y sin que nadie la vea aparece la Virgen del los Trece Dolores y las Dos Alegrías, mientras* Sagrario *pronuncia entre dientes: «Fuego camina conmigo».*

24. Teatro Mínimo nº 3

El abuelo no viene a cenar

Lola G. Otero

26. Teatro Mínimo nº 4

27. *El abuelo no viene a cenar,* Lola G. Otero

Personajes:

Jack

Bathory

28. Teatro Mínimo nº 4

Jack *y* Bathory *en el sótano-cocina de una casa de campo aparatada. Sobre la mesa un cuerpo humano abierto en canal.*

Jack.– He soñado contigo.

Bathory.– *(Al lado suyo y observando su maniobra.)* Si te fijas, es más fácil. Así, vas subiéndolo despacio…

Jack.– *(Extrayendo el corazón.)* Había una carroza.

Bathory.- ¡Cuidado! Casi se te cae.

Jack.– Perdona.

Bathory.–Tienes que poner más atención.

Jack.– Sí. Lo siento.

Bathory.- No puedo estar aquí hasta mañana.

Jack.– *(Coloca el corazón en una vandeja.)* Lo sé, ya lo sé.

Bathory.- ¿Qué tal todo?

Jack.– Bien, todo bien. Como siempre.

Bathory.– Estás raro.

Jack.– No, de verdad. Todo bien. (*Señalando un bisturí*.) ¿Me lo pasas?

Bathory.– Ahí va… con cuidado…

Jack.– Lo tengo. Ya está. Bueno, voy a empezar. (*Empieza a cortar finas lonchas del corazón*.)

Bathory.– ¡Un momento! (*Recoloca el corazón en la bandeja*.) ¡Así mejor!

Jack.– Gracias. *(Corta con mucha atención.)*

Bathory.– Hace frio aquí dentro.

Jack.– Con el tiempo te acostumbras.

Bathory.- Bueno. Voy a lavarme las manos

Jack.– ¡Espera!

Bathory.– ¿Qué pasa?

Jack.– Me gusta verte así, es excitante.

Bathory.- ¿Entonces?

Jack.– Aguarda unos minutos. Ten, límpiate con esto. *(Le da un pañuelo blanco.)*

Bathory.– Está bien. *(Se sienta.)* Me ha costado venir. No quería arriesgarme.

Jack.- Cada vez es más difícil.

Bathory.– Sin embargo no puedo evitarlo. Necesitaba salir. A veces dudo ¿sabes? A veces me parece que no estamos bien de la cabeza.

Jack.– ¿Y ahora qué hago?

Bathory.- Ponlo ahí. (*Señala el horno*.)

Jack.- Es muy delicado.

Bathory.- Permíteme a mí. (*Coge la bandeja y se come una lonchita fina cruda, luego lo mete al horno*.) Eso es ¿lo ves? Mucho mejor.

Jack.– Gracias. Mil gracias, de verdad.
Bathory.- Me gusta.
Jack.– Por eso siempre te llamo. Eres la única.
Bathory.– Debes practicar ¿qué te ha dicho el abuelo?
Jack.– Le gusta mi estilo. Ya lo he hecho otras veces.
Bathory.- Lo sé, lo que pasa es que aún tienes miedo.
Jack.– Tal vez. (*Pausa*.) He soñado contigo.
Bathory.- Que gracia.
Jack.– Íbamos en una carroza.
Bathory.- *(Impaciente.)* ¡Cuánto tarda!
Jack.– Tirada por seis caballos.
Bathory.- ¿Qué hora es?
Jack.- Son las cinco. Algo más de las cinco.
Bathory.- Yo no puedo esperar mucho más.
Jack.– Seis caballos briosos, muy negros.
Bathory.- ¿Tardará?
Jack.- ¿El abuelo?
Bathory.- ¡Es admirable! ¡A su edad!
Jack.- Sale todas las noches.
Bathory.- Lo comprendo, es voraz. Adorable. Y además sabe tanto…
Jack.- Quiero ser como él.
Bathory.- Lo serás
Jack.- ¿Eso crees?
Bathory.- Por supuesto.
Jack.- Tal vez…
Bathory.- *(Olfatea el aire.)* Ya está. Sácalo.
Jack.– ¿Ya está?
Bathory.- Si.
Jack.- *(Abre el horno y saca la bandeja.)* Pero… no está muy hecho…
Bathory.- No importa, está bien. Sácalo. Al abuelo le gusta crudito.
Jack.- Como quieras. *(Lo pone encima de la mesa.)*
Bathory.- Límpiate.
Jack. – Bueno, había dos soles.
Bathory.- ¿Cómo dos soles?
Jack.– En mi sueño.
Bathory. – (*Se asoma a la ventana*.) Me parece que debo marcharme.
Jack.– Espera.
Bathory.- ¡Que rabia! Es muy tarde. Le había traído un regalo… *(Abre un pañuelo y aparecen unos cuantos dedos amputados.)*

Jack.- *(Sonríe observando los dedos.)* No te vayas
Bathory. – ¿Hay algo que no me has contado?
Jack.– Mi sueño.
Bathory.- ¿Perdona?
Jack.– Estabas feliz en mi sueño, vestida de blanco.
Bathory.- Yo nunca me visto de blanco.
Jack.– Pero en mi sueño…
Bathory.– Los sueños pueden ser incongruentes. De hecho suelen ser incongruentes. Yo no sueño.
Jack.– Ya.
Bathory.– No sueño.
Jack.- Tal vez por eso eres tan buena haciendo esto.
Bathory.- No es por eso. El abuelo me enseñó.
Jack.- Yo no tengo tu pericia. No tengo tu experiencia.
Bathory.- Pero tienes voluntad. Y además no sé a qué viene.
Jack.- Por lo que has dicho antes.
Bathory.- ¿Qué he dicho?
Jack.- Que a veces dudas.
Bathory.- Sí, dudo
Jack.- Pero no sueñas nunca
Bathory.– Pues no.
Jack.– Yo no dudo.
Bathory.– Lo sé. Se hace tarde, no puedo esperar más.
Jack.- Pero esto ya está…
Bathory.– Sin él no podemos empezar.
Jack.– No vendrá.
Bathory.- Pero ¿qué estás diciendo?
Jack.– ¡Que no va a venir!
Bathory.- ¡Pero… está amaneciendo!
Jack.– Mira, puedes quedarte...
Bathory.- ¿Aquí? ¿En esta casa? ¿En su casa? ¿Sin él?
Jack.- Sí. Conmigo.
Bathory.- Estás loco, el abuelo… yo he venido por él. Le he traído un regalo. Lo que a él más le gusta.
Jack.- Lo sé.
Bathory.- ¡Esto es obra tuya!
Jack.– ¡Quédate! ¡No abriré las ventanas!
Bathory.- No, no tengo mis cosas aquí; no, no puedo quedarme.

Jack.– Pero lo he preparado…
Bathory.- Luego tú ¿lo sabías?
Jack.- Bueno yo, yo quería…
Bathory.- ¿Tú sabías que no iba a venir? ¿Me has estado engañando? ¿Por qué?
Jack.- Porque quiero estar a solas contigo. Este es nuestro, no lo quiero compartir con el abuelo.
Bathory.- ¡Me marcho!
Jack.- ¡Espera! ¿Qué hago ahora con esto?
Bathory.- Te lo comes tú sólo o mejor…
Jack.- ¡Mi querida! ¡Mi flor! ¡Mi condesa! Por favor, no te vayas…
Bathory.- ¡Aparta!
Jack.- ¡Por favor!
Bathory.- ¡Que me marcho!
Jack.- Lo maté para ti, para nosotros.
Bathory.– Yo jamás seré infiel al abuelo. No perdona esas cosas, deberías saberlo.
Jack.- ¡Pero mira el corazón, es sólo nuestro!
Bathory.- Me has mentido y eso es imperdonable. Me dijiste que él vendría a cenar.
Jack.- ¡No te vayas!
Bathory.– ¡Adiós! ¡Maldita sea, está saliendo el sol! Tendré que darme prisa. Cómete esa chapuza tú sólo ¡gilipollas!

Sale dando un portazo. Jack ve una cucaracha en la pared. La aplasta de un puñetazo.

Jack.- ¡Todas son iguales!

OSCURO. FIN.

Recuerdos del olvido

Paula Llorens

34. Teatro Mínimo nº 4

35. *Recuerdos del olvido,* Paula Llorens

Personajes:

Joaquín

Santi

36. Teatro Mínimo nº 4

En un viejo bar, un anciano lee una novela sentado en una de las mesas. Se escuchan muy cercanas las olas del mar. Entra un hombre.

Joaquín.- *(Sin levantar la cabeza del libro.)* Disculpe, está cerrado.

Santi.- Hola Joaquín.

Joaquín.- ¿Nos conocemos?

Santi.- Soy Santi.

Joaquín.- ¿Quién?

Santi.- Estuve trabajando aquí hace algunos años, ¿no te acuerdas de mí?

Joaquín.- Tendrás que perdonarme pero… últimamente mi memoria no funciona demasiado bien. Santi dices...

Santi.- Solías llamarme «el estudiante».

Joaquín.- ¿El estudiante? Coño, ahora me acuerdo. El que siempre estaba haciendo dibujitos. Todavía tengo alguno guardado. Pero cómo iba a reconocerte si eras un chaval. Y ahora, mírate, pareces un hombre importante. Las cosas te han ido muy bien por lo que veo.

Santi.- No puedo quejarme.

Joaquín.- Me dijeron que te habías ido a América a seguir estudiando. Y que te habías quedado.

Santi.- Sí, sigo viviendo allí. He vuelto por trabajo. Estaré aquí unos meses. (*Pausa. Mira a su alrededor.*) Está todo igual que cuando…Y tú, ¿cómo estás?

Joaquín.- Pues ya ves, hecho un trapo. Los años no pasan en balde.

Santi.- Qué va, yo te veo muy bien. Igual que siempre. ¿Y Marta?

Joaquín.- Marta ya no está. (*Pausa.*) Murió hace dos años.

Santi.- Lo siento. No lo sabía.

Joaquín.- Se empeñó en adelantarme. Todo el día diciendo que no iba a permitir que la dejara sola. Que no quería verme morir porque no podría soportarlo. Y que había decidido morirse antes que yo. «Tú eres más fuerte y podrás aguantar mejor la pena». Yo pensaba que lo decía de broma. Además, todos los hombres mueren antes que sus mujeres. Ellas siempre duran más. Pero la mía era terca como una mula. Y cumplió su palabra. Vaya que si la cumplió. Una noche se durmió a mi lado y ya nunca más volvió a despertarse. No sufrió. Pero venga, que no quiero aburrirte con mis historias de viejo. Tú tienes muchas más cosas que contarme. ¿Tienes hijos? ¿Estás casado?

Santi.- No, no tengo hijos. Y tampoco estoy casado.

Joaquín.- Pero seguro que hay alguna mujer.

Santi.- Sí. Cinthya. Es americana.

Joaquín.- Ah, ya decía yo. Por eso te quedaste, ¿eh, pillín? Con lo bien que se está en casa. Solo una mujer podía ser la causa. ¿Es guapa?

Santi.- Sí, mucho.

Joaquín.- Muchacho, tendrás que perdonarme pero acabo de recordar…Verás, me ha alegrado muchísimo tu visita. Me encantaría poder charlar contigo un rato, pero hoy no es un buen día. Espero a alguien. Así que será mejor que te marches. Es una historia un poco complicada. Sí, regresa mejor otro día y hablaremos más tranquilos.

Santi.- Joaquín, a eso es precisamente a lo que he venido. A hablar contigo antes de que ellos lleguen.

Joaquín.- ¿Qué? ¿Quién te lo ha contado? ¿Cómo sabes…?

Santi.- Como te he dicho antes, he vuelto a la ciudad por motivos laborales. Trabajo para la empresa que lleva el proyecto de remodelación del puerto. Ayer vi tu nombre en la lista de personas que todavía no han firmado la venta. Joaquín Ballester Rodríguez. Sentí que tenía la obligación de venir a decirte que te estás equivocando. Te lo debo por todo lo que hiciste por mí.

Pausa.

Joaquín.- Muchacho, si no fuera por el aprecio que te tengo, ahora mismo te echaba de aquí a patadas. Quiero pensar que a ti también te han engañado esos buitres y no sabes lo que dices.

Santi.- Joaquín, ¿por qué no has firmado? Has pasado toda tu vida trabajando en «El Pescaor». ¿No crees que te mereces descansar? Con ese dinero podrás hacer lo que te venga en gana. Pasear. Leer. Dedicarte al campo que tanto te gustaba.

Joaquín.- ¿Qué campo muchacho? Abre los ojos. Mira a tu alrededor. ¿No te das cuenta de que ya no queda campo? Primero nos quitaron nuestra huerta y ahora quieren quitarnos nuestra casa. Marta y yo vimos llorar de impotencia a nuestros amigos cuando empezaron las obras hace unos años. Cuando aquellos monstruos amarillos aplastaron sus tierras y sus cultivos. Quitarle su tierra a un labrador es como robarle a una madre a su hijo. Le arrancas el alma. Ellos se negaron a vender sus propiedades, pero aun así las máquinas llegaron para empezar con el derribo. Hasta que un día, no sabemos por qué dejaron de venir. Supongo que pensaron que ya éramos viejos, y que era más fácil esperar a que nos muriéramos. Ahora deben tener mucha prisa, porque en menos de tres meses, han conseguido comprar todas las tierras colindantes y que cincuenta familias les vendan sus casas. Sus casas.

Santi.- ¿Y por qué no piensas en todas esas familias? La mayoría están sin trabajo, arruinadas. El dinero de esta venta va a salvarles la vida. Pero hasta que no vendan todos los vecinos, no se puede aprobar el proyecto y ellos no podrán cobrar. Tendrías que haber visto sus caras de alegría mientras firmaban.

Joaquín.- Yo solo quiero mi mar y mi casa.

Santi.- ¿Y has pensado qué quieren ellos? El resto de habitantes de la ciudad.

Joaquín.- Me da igual lo que quieran. Si ellos no han sabido luchar por lo suyo, yo lucharé por lo mío.

Santi.- ¿Luchar por qué? ¿Tú has visto cómo está el barrio? Destrozado. Es normal que no quieran seguir viviendo aquí.

Joaquín.- La culpa de que nuestro barrio esté así la tiene esa gente para la que trabajas. Ellos han dejado que esto se pudra. A propósito, para que nadie quiera quedarse.

Santi.- Quizá tengas razón. Pero ahora ya no podemos hacer nada.

Joaquín.- Ese es el problema. No he hecho nada. Desde que Marta murió no he hecho otra cosa que esperar. Esperar a que el restaurante quebrara. Esperar a que el barrio se pudriera. Esperar a... Quizás ellos no sean los únicos culpables.

Santi.- Acepta ese dinero y vete a vivir al centro. Allí estarás mucho mejor.

Joaquín.- ¿Al centro? Muchacho, llevo demasiados años acompañado de este sonido. Ya no sabría vivir sin él. Necesito el susurro de las olas. Ellas siempre han estado ahí. Dejadme morir en paz. En mi casa. Al lado de Marta.

Santi.- ¿Crees que Marta querría eso para ti? Seguir viviendo en este edificio es peligroso y lo sabes. Está viejo. Las paredes podrían caer en cualquier momento.

Joaquín.- Prefiero que caiga a que lo tiren ellos.

Silencio.

Santi.- ¿Sabes? Todavía lo tengo puesto en el curriculum. «Seis años como camarero en el Bar El Pescaor». No tiene ningún sentido. Pero, no sé. Supongo que me gusta que esté ahí. Forma parte de mi pasado. Antes has dicho que tenías dibujos míos. ¿Es cierto?

Joaquín.- Sí. Bueno, no lo sé. Marta los guardaba. Le encantaban. Ella siempre supo que llegarías lejos. Te quería mucho. Nunca tuvimos hijos. Vosotros, los que trabajabais aquí, y los clientes que estuvieron viniendo durante años habéis sido nuestra única familia. Vosotros habéis sido mis hijos.

Silencio.

Santi.- ¿Puedo ver los dibujos?

Joaquín.- Busca en esos cajones de detrás de la barra. Puede que estén ahí. O tal vez los tiré. Ya no me acuerdo.

Santi *busca detrás de la barra. Saca un cajón de plástico con fotografías, papeles. Todos llenos de polvo.*

Santi.- Aquí están. Madre mía. Torres, puentes, edificios. Dibujaba todo lo que veía. Pero siempre les cambiaba algo. La mayoría son casas extrañas, con sus plantas y sus alzados. Estos no sé ni lo que son.

Joaquín.- Marta decía que tenías mucho talento.

Santi.- Bueno, o demasiada imaginación. No son más que garabatos de principiante.

Se oyen motores de coches. Un buldócer. Sirenas de coches de policía.

Santi.- Joaquín, ¿lo oyes? Ya están aquí.

Joaquín.- Yo solo oigo el mar.

Santi.- Han parado en el edificio de enfrente. Eso quiere decir que los Ibáñez-Olmos ya han firmado.

Joaquín.- Imposible. Conozco bien a Rafa. Jamás se dejará comprar.

Pausa.

Santi.- Tengo otros dibujos que me gustaría enseñarte. *(Saca de su carpeta unos planos).* Mira, así es como quedará el puerto. Una gran infraestructura que potenciará el comercio marítimo y creará muchísimos puestos de trabajo.

Joaquín.- Yo ahí solo veo monstruos. ¿Por qué os empeñáis en construir esas cosas gigantes blancas? Son horribles. Me gustaban más aquellos edificios que inventabas.

Santi.- Esos dibujos son solo fantasías de un niño. Nunca serán construidos. En cambio esto es real. Este proyecto nos ha llevado años. Está todo perfectamente pensado y planificado. Esta zona logística supondrá un enorme progreso para el comercio de la ciudad.

Joaquín.- El progreso tiene un precio. Que tengamos que abandonar nuestras casas, nuestro mar, nuestra vida.

Santi.- Joaquín, tú mismo lo has dicho. No tienes hijos. ¿A quién vas a dejarle esto? Se lo acabarán quedando los mismos que ahora te ofrecen una fortuna por ello. ¿Prefieres regalárselo?

Joaquín.- ¿Crees que yo no querría irme? Aquí hay demasiados recuerdos. Todo en este lugar me recuerda a ella. El bar, la cocina, nuestra casa. Lo fácil para mi sería aceptar ese dinero y marcharme a otro sitio. A una casa sin recuerdos. Pero eso sería traicionarla. Y no puedo hacerlo. Porque ella jamás se hubiera rendido. Ella nunca habría vendido «El Pescaor».

Un buldócer se pone en marcha. Un edificio se derrumba.

Santi.- Sabes que van a demoler tu casa, firmes o no. Si no firmas, no están obligados a pagarte nada.

Joaquín.- No pueden hacer eso.

Santi.- Sí, sí pueden. Créeme. Y es probable que lo acaben de hacer con la casa de tu amigo.

Joaquín.- Cabrones. ¿Y la policía? ¿No ha hecho nada? Es ilegal derribar la casa de uno sin su permiso.

Santi.- Tienen el permiso judicial.

Joaquín.- Qué vergüenza. Vaya ley. La policía defendiendo a los ladrones.

Santi.- Firma, por favor. Hazme caso. Vas a quedarte sin nada.

Joaquín.- Pues si quieren tirar mi casa, tendrán que tirarla conmigo dentro.

Santi.- Joder, ¿se puede saber qué os pasa? Os empeñáis en luchar contra lo que no se puede luchar. Es como darse cabezazos contra una pared blindada. Lo he intentado. Juro que lo he intentado. Me estoy jugando mi trabajo por venir a avisarte. Van a tirar tu casa y no van a darte nada. ¿Es eso lo que quieres?

Joaquín.- No.

Santi.- ¿Vas a vender?

Joaquín.- No puedo.

Santi.- Entonces, no tengo más que decir.

Santi *empieza a recoger sus cosas.*

Joaquín.- Espera. Firmaré.

Santi *saca de su cartera unos papeles. Se los pone delante a* Joaquín *y le señala dónde firmar. Éste se dispone a hacerlo.*

Santi.- Ahora por fin podrás olvidar.

Pausa.

Joaquín.- No quiero olvidar.

Santi.- ¿Cómo?

Joaquín.- Eso es lo que ellos quieren. Que no quede nada de nosotros. Que lo olvidemos todo para que puedan seguir haciendo lo que les da la gana. Primero nos hacen callar con dinero y luego nos sepultan en el olvido. Borran las huellas de nuestra existencia. ¿Quieres que firme? ¿Quieres que esto quede reducido a escombros? Si firmo, el «El Pescaor» nunca habrá existido. Dentro de poco, nadie recordará

que aquí hubo un bar. Nadie se acordará de esa preciosa cocinera que preparaba los mejores arroces del mundo. Ni de su esposo, el camarero que vivió locamente enamorado de ella. Queréis que seamos olvidados. Queréis hacernos desaparecer del mapa. De ahí al asesinato hay solo un paso. (*Pausa.*) ¡No oigo el mar! ¡Ya no lo oigo! ¿Lo habéis hecho desaparecer también? Pensaba que en esas clases a las que te animé a ir os enseñaban a construir. Pero no, a destruir os han enseñado. Ojalá no hubieses vuelto. Seguirías siendo aquel muchacho del que me sentía tan orgulloso. El que trabajó duro para cumplir sus sueños. *(Pausa.)* Que destruyan mi casa si quieren, pero nunca tendrán mi consentimiento. Voy a recoger los pocos recuerdos que me pueda llevar conmigo. No quiero verte aquí cuando salga.

Joaquín *sale.* Santi *se quita la chaqueta y se sienta en la mesa en la que estaba* Joaquín *al inicio de la escena. Entra* Joaquín *con un delantal de camarero y una caja vacía que deja en el suelo.*

Joaquín.- *(Mientras se quita el delantal y lo cuelga detrás de la barra.)* ¿Todavía estás aquí? ¿No quieres llegar a casa o qué? Venga, estudiante, por hoy, ya lo tenemos bien. Nosotros nos vamos a subir a dormir ahora mismo. Marta está acabando de limpiar la cocina.

Santi.- Voy a dejarme la carrera.

Joaquín.- ¿Cómo? ¿Pero qué dices?

Santi.- Lo he intentado. Pero ya no sé de donde sacar tiempo. No doy abasto. Mis padres me ven cansado y dicen que deje el trabajo. Que me centre en los estudios. ¿Pero entonces con qué dinero pago la universidad? Ellos están mayores. Ya no pueden trabajar. Me necesitan. Si fuera por ellos, dejarían de comer para pagarme la carrera. Y encima el curso que viene no me van a dar la beca porque he suspendido unas cuantas. Todo el año estudiando para nada.

Joaquín.- ¿Quieres dejar de quejarte, estudiante? Menuda generación de quejicas. Como se nota que no habéis vivido una guerra. Eso que a ti te pasa no es ni problema, ni nada. Da gracias por poder estudiar. ¿Tú quieres ser arquitecto?

Santi.- Claro.

Joaquín.- Pues no se hable más. Solo es cuestión de organizarse. A partir de ahora en época de exámenes, no quiero verte por aquí. Este verano puedes hacer todas las horas extras que quieras, que por supuesto, te pagaré al doble. *(Saca dinero de detrás de la barra.)* Toma un anticipo.

Santi.- No puedo aceptarlo.

Joaquín.- A callar. ¡Ah! Y no hace falta que digas en casa que te ya no tienes beca. Tus padres no tienen porque enterarse. A ver si es que en este país solo van a poder

estudiar los ricos. De eso nada. Tienes talento, estudiante. Y vas a acabar tus estudios como que yo me llamo Joaquín.

Santi.- Pero ese dinero lo estáis ahorrando para reformar el bar.

Joaquín.- La reforma puede esperar. Cuando tengas tu título de arquitecto, ya nos harás tú la reforma.

Santi.- Eso está hecho. Voy a convertir este bar en el mejor restaurante del mundo. Ya verás. Siempre he pensado que el espacio no estaba lo bastante aprovechado. Tengo muchas ideas.

Joaquín.- Muy bien. Apúntalas todas en tu cuaderno.

Saca un cuaderno, arranca papeles y empieza a dibujar.

Santi.- Lo primero es ampliar la cocina. Mira, hasta aquí bastaría como zona de mesas. Tendríamos que tirar este tabique. Pero es muy sencillo. Incluso podríamos hacer una ventana para…

Joaquín.- Estudiante, no vayas tan deprisa. Primero termina la carrera. Y luego ya hablaremos. Y ahora vete a dormir. Has trabajado duro.

Santi.- Buenas noches. Y gracias. *(Saliendo.)* ¡Nos vemos mañana, Marta!

Santi *sale.* Joaquín *observa la puerta de salida unos instantes. Coge la caja con la que había entrado y empieza a llenarla con trastos viejos de detrás de la barra. Recuerdos. Sonido de las excavadoras cada vez fuerte.*

El patio de mi cole

Luciano Muriel

46. Teatro Mínimo nº 4

47. *El patio de mi cole,* Luciano Muriel

Personajes:

Matías

Niño

48. Teatro Mínimo nº 4

Matías.- El asfixiante calor de los primeros días de otoño trae los ecos de un verano muerto y enterrado. Hace ya mucho que perdí la noción del tiempo y del ritmo. Sólo sé que todos los días a media tarde, cuando me entra el hambre, me tomo un vaso de leche semidesnatada y cuatro galletas y media Marbú dorada, y que justamente después de eso me dirijo al colegio. Ya es lo único que me consuela. En cuanto apuro mi vaso de leche dejo atrás las agobiantes paredes de mi casa, recipiente hermético en el que mi mujer y la televisión pasan las horas muertas. Ambas apagadas. Una tiene un botón, y la otra tiene sus sedantes, aquella magia química que le produce sus gélidas sonrisas perennes. Mientras camino, noto un olor algo desagradable ascender de mis ropas y del interior del cuello del abrigo. No soy un mendigo, porque una vez mi padre me dijo que los mendigos son mendigos cuando son felices. Yo soy otra cosa. Llego al patio del colegio. Las voces de los chavalillos ya es lo único que me anima. Traen consigo los buenos recuerdos que poseo. Tal vez los únicos. Espero que hoy no pase ningún cura pidiéndome que me vaya, porque no me voy a ir. Pero no quiero pensar. Quiero mirar al horizonte. Quiero dejar la mente en blanco y permitir que sean los chillidos infantiles los que se sumerjan en lo más profundo de mi subconsciente.

Matías *sentado en un banco. Un balón entra y golpea su pie.* Matías *no reacciona. Al rato sale un* Niño *de unos once años. Se queda mirándolo desde lejos.*

Niño.- ¡Eh, tú!

Pausa.

Niño.- ¡Eeeeeh! ¡El balón!

Pausa. El Niño *se acerca.*

Niño.- ¡Que me pases el balón, joder!

El Niño *coge el balón.*

Niño.- ¿Tú eres tonto o qué?

El Niño *se acerca y lo toca con el dedo agresivamente. Finalmente* Matías *sale de ensoñación y lo mira.*

Matías.- ¿Qué? ¿Qué pasa?
Niño.- ¿Tú de qué vas?
Matías.- ¿Cómo?
Niño.- ¿Que de qué vas? ¿Eres sordo? ¿Por qué no me pasabas el balón?
Matías.- Lo siento. No me había enterado.
Niño.- No si ya, si tú nunca te enteras de nada. Si te pasas aquí las tardes empanao'.
Matías.- Esto... perdona... ¿Tú estudias en este colegio?
Niño.- Sí, ¿por qué?
Matías.- Porque al menos cuando yo era pequeño los maristas nos enseñaban a hablar con respeto a los desconocidos.
Niño.- A mí los maristas me comen el rabo.
Matías.- Menuda juventud...
Niño.- Eso es lo mismito que dice mi padre. Bueno, mejor dicho, mi padre y todo el mundo. Ya aburrís.
Matías.- ¿Y no será porque tenemos razón?
Niño.- También decís que hay mucha crisis y ninguno trabajáis para que deje de haberla. En el fondo sólo queréis cambiar lo que os interesa.
Matías.- Bendita inocencia.
Niño.- Ya. ¿Tú trabajas?

Pausa.

Matías.- Estoy de vacaciones.
Niño.- Sí, claro, un año entero llevas de vacaciones. A mí no me engañas, que el año pasado te pasabas aquí todas las tardes. ¿Por qué no trabajas?
Matías.- Vete a jugar un rato, anda.
Niño.- No me sale de los cojones. ¿Por qué no trabajas?
Matías.- ¿A ti que te importa?
Niño.- Eres el padre del niño que se murió el año pasado, ¿a que sí?

Pausa.

Niño.- Eres el padre de Matías. Iba a mi clase. Era buen portero, pero yo sacaba mejores notas en Inglés, eso sí.
Matías.- Oye, mira, vete a...
Niño.- Era muy majo.

Pausa.

Matías.- ¿Eras amigo suyo?

El Niño *da unos toques con el balón.*

Niño.- Sí, pero me llevaba mejor con él en cuarto. Todos los días después del colegio le invitaba a mi casa a merendar y se quedaba flipando, porque mi madre siempre saca de todo. Bocatas de nocilla, de chorizo, de jamón serrano, bollos de la Pantera Rosa, Trinaranjus... Pues eso, de todo. Decía que él prefería venirse conmigo porque en casa nunca merendaba esas cosas. Si hubieses visto como se ponía...

Matías.- Puedo imaginarlo.

Niño.- Y luego jugábamos a la Xbox. ¡Al FIFA! Pero era más malo... No valía pa' na'.

Matías.- ¿Y por qué dejasteis de ser amigos?

Niño.- ¿Qué dices? No dejamos de ser amigos, lo que pasa es que dejó de venir a mí casa porque un día pillamos a mi madre follando con su rollete y se murió de la vergüenza. Ya ves tú, qué tontería.

Pausa.

Niño.- ¿Qué pasa? ¿Tengo un moco o algo?

Matías.- No, no. No pasa nada.

Niño.- Matías me caía bien, pero era un poco infantil.

Matías.- Y tú eres todo un adulto, ¿no?

Niño.- No sé, yo soy como mi padre: siempre veo lo que hay. Él, sin ir más lejos, está fastidiado y va todos los días a trabajar. Siempre lo dice, que cómo no va a haber crisis con tanto vago...

Matías.- ¿Tus padres están divorciados?

Niño.- Qué va.

Matías.- Bueno, si tú también hubieses venido a merendar algún día hubiésemos comprado Donettes, o salmón ahumado.

El Niño *se sienta al lado de* Matías.

Niño.- ¿Y entonces por eso no trabajas? ¿Por qué se murió tu hijo?

Matías.- Más o menos.

Niño.- Me contaba que dormía muy mal, que todas las noches tenía pesadillas.

Matías.- Veo que eráis más amigos de lo que yo creía. Matías estaba malito.

Niño.- Ya, ya lo sé, si no paraba de repetirlo. Él quería estar tan sano como yo.

Matías.- Tú tienes buena salud, ¿verdad?

Niño.- Claro. Con lo que meriendo...
Matías.- Se nota. ¿Y hoy no vas a casa a merendar?
Niño.- No. No me apetece pillar otra vez a mi madre con ese tío.
Matías.- Si quieres podemos ir al super, compramos a unas palmeritas de chocolate y me sigues contando cosas de Matías.
Niño.- Da igual. No tengo hambre.
Matías.- No me importa, de verdad.
Niño.- ¿Conociste a Elisa?
Matías.- ¿A quién?
Niño.- A Elisa, a su novia.
Matías.- ¿Matías tenía novia?
Niño.- Claro. Tiene dos año más que yo. Por entonces él era el único de la clase que había tocado una teta.
Matías.- No sabía nada.
Niño.- Pues que sepas que era un salido.

Pausa.

Niño.- Incluso más que yo.
Matías.- ¿Tú... lo eres?
Niño.- Sí, y menos mal que yo también tengo novia, porque si no...
Matías.- Pero no haréis nada... raro, ¿no?
Niño.- Qué va, nos vamos al patio de atrás, donde los pinos y...

Pausa. El Niño *ríe.*

Matías.- ¿Y?
Niño.- Lo demás no lo puedo contar.
Matías.- Vamos, estamos en confianza.
Niño.- Nos quitamos la ropa. Toda la ropa. Y nos metemos mano. Bua, es una pasada. Se deja tocar todo.
Matías.- Y... ella... ¿ella qué te hace a ti?
Niño.- *(Señalándose la entrepierna.)* Me pone la mano justo aquí.
Matías.- *(Tratando de tocarle.)* ¿Justo ahí?
Niño.- ¿Qué coño haces? Ni se te ocurra ponerme la mano encima. ç
Matías.- ¿Qué estás diciendo? No pensaba tocarte.
Niño.- ¿Eres un viejo verde? ¿Quieres hacerme lo que me hace mi novia o qué?

Matías.- No deberías hacer esas cosas desde tan joven. Cuando yo tenía tu edad los chicos jugábamos a las chapas.
Niño.- Cuando tú tenías mi edad seguro que los niños no se suicidaban.

Pausa.

Matías.- Matías estaba muy malito.
Niño.- Ya, ya, claro. Mi padre es poli, ¿sabes?
Matías.- Pues me alegro.
Niño.- Acojona, ¿eh? No se le escapa una. Se tira un montón de tiempo con lo mismo, pero al final... Siempre acierta.
Matías.- Eso está muy bien.
Niño.- ¿Sabes que lleva espiándote casi un año? Más o menos desde que vienes al patio a echar la tarde.

Matías *se levanta del banco y se dirige a irse.*

Niño.- ¿A dónde vas?
Matías.- Tengo prisa.

Niño.- Matías no ha sido el único niño que ha merendado en tu casa, ¿a que no?

Matías *se detiene en seco. Finalmente se enfrenta al* Niño.

Matías.- ¡Cállate ya o al final te vas a llevar una hostia!
Niño.- Qué mal te educaron los curas a ti también, ¿no?

Pausa.

Matías.- ¿Qué coño quieres?
Niño.- Ya nada. Creo que nos han visto.

Matías *lo agarra del pecho.*

Niño.- Conmigo no te atrevas.

Pausa. Al final Matías *se va. El* Niño *saca el teléfono móvil y teclea algo con una sonrisa de satisfacción.*

Simetría de un beso

Jana Pacheco

56. Teatro Mínimo nº 4

57. *Simetría de un beso*, Jana Pacheco

Personajes:
Andrea
María

A Paz Ponce Pérez Bustamante por el *Paisaje de la memoria*.

58. Teatro Mínimo nº 4

Museo Vostell. El edificio es un antiguo lavadero de lanas del siglo XVIII situado en Los Berruecos de Malpartida. Cáceres. Entra Andrea.

Andrea.- ¿Qué ha pasado?

María.- Anoche cuando te fuiste dejaste la ventana abierta.

Andrea.- Cerré la ventana. Me acuerdo perfectamente y aunque no lo hubiese hecho el viento no hace este destrozo. ¿Se te va la olla? Estos catálogos cuestan una pasta, joder. *(Recogiendo una escultura del suelo.)* ¡El Beso! María, *El Beso* no se ha caído sólo. ¡Se ha partido por la mitad!

María.- Pues lo pegamos. Aquí se hacen así las cosas. Se rompen y se pegan sin que pase nada.

Andrea.- ¿Para qué coño me lo regalas si lo vas a destrozar?

María.- Ha sido el viento.

Andrea.- No sé que neura te ha dado, pero evidentemente no ha sido el viento.

María.- *(Abriendo un armario.)* Mételo ahí, ya pensaremos luego si lo arreglamos o no.

Andrea.- Se ha roto en dos pedazos simétricos.

María.- ¡Mira qué bien! ¡Ya no se besan!

Andrea.- No se qué te pasa, pero no tenemos tiempo para tus estupideces. Mercedes llega en media hora.

María.- ¿Cómo?

Andrea.- *(Mirando alrededor*.) Así no vamos a conseguir nada. ¡Sujeta los libros!

María.- ¿Y a ti te importa conseguirlo?

Andrea.- ¡Te estoy ayudando!

María.- ¿Cómo has conseguido que venga Mercedes? Hace más de dos años que no pisa el museo.

Andrea.- El martes hablé con su hijo por Skype y le conté la situación en la que estamos. No es viable mantener esto abierto si seguimos así.

María.- A ti hace dos semanas que ha dejado de importarte.

Andrea.- (*Tirando unos papeles sobre la mesa*.) ¡Toma!

María.- ¿Qué es esto?

Andrea.- Los formularios.

María.- (*Se detiene a leer la primera página*.) Esto no está en la web.

Andrea.- Estamos en agosto, hay muchos funcionarios de vacaciones.

María.- ¿Crees que con eso será suficiente?

Andrea.- Mercedes tiene más peso que cualquiera de nosotras, el museo sigue siendo suyo. Además este año con el aniversario de la muerte de Vostell, está todo el mundo muy pendiente de ella.

María.- Sí, mucho homenaje pero el museo les importa poco a los del Ministerio.

Andrea.- Hoy en Hacienda me han insistido mucho en que redactemos bien la situación en la que estamos y las ideas de renovación.

María.- Faltan los dos últimos anexos. Y aquí dice que el proyecto hay que redactarlo según la ficha del Anexo IV.

Andrea.- ¡Ese tío es tonto! No me digas que no me ha impreso el documento entero.

María.- Debe ser.

Andrea.- Espera, le llamo para que nos lo mande por mail. (*Coge el móvil del bolso.*) Hola ¿Javier? Mira, el documento no se ha impreso completo. Faltan los dos últimos anexos. ¿Me lo puedes enviar al mail? No, al mío no, mejor al de María (...) ¿Lo tienes? (...) Sí, es la chica que se encarga de las exposiciones internacionales.

María.- Vaya, he subido de categoría: «la chica de las exposiciones internacionales».

Andrea.- ¡Cállate!

María.- Sí, dale mi mail mejor. No quiero tener que meterme en el tuyo.

Andrea.- Esmariabarrera@gmail.com. Muchas gracias. (*Cuelga.*) Comprueba si te ha llegado el mail, por favor.

María *abre su portátil y enciende el ordenador*.

Andrea.- Si llega Mercedes y no está del todo redactado, le decimos que hasta hoy no hemos tenido los papeles.

Suena la impresora.

María.- ¡Aquí esta!

Andrea.- También necesitaremos la copia del DNI de todos los artistas.

María.- (*Mirada inquisidora.*) Llevo más de un año con esto.

Andrea.- (*La besa.*) Tú siempre tan precavida, cariño.

María.- ¡Quita! El beso esta mañana se ha roto.

Andrea.- No seas tonta. Dame un beso antes de que llegue la señora Mercedes.

María.- La señora Mercedes es más moderna que tú. A ella como si me beso con las ovejas.

Andrea.- ¿Eso es la mitad de una sonrisa?

María.- Quita. No es el momento. (*Suena el teléfono del despacho.*) Sí, señora Mercedes, ¿no puede venir? Vaya, lo siento. Mejórese, nos vemos otro día. (*Cuelga el teléfono.*) Esta mujer está muy mayor, un día nos da un disgusto. Ya me parecía raro que hubiese accedido a venir tan fácilmente.

Andrea.- *(Cierra la puerta del despacho con llave.*) Ahora tenemos más tiempo para rellenar los formularios.

Se tumba en la mesa y tira un marco de fotos donde aparecen el señor y la señora Vostell besándose con la nariz.

María.- ¡Joder, ten cuidado! Sabes que me encanta esa foto.

Andrea.- (*Mirando la foto*.) ¿Alguna vez te contó cómo se conocieron?

María.- Qué importa eso ahora.

Andrea.- Tengo curiosidad.

María.- No entiendes que Vostell viniera a vivir a este pueblo y se casase con una mujer como Mercedes, ¿verdad?

Andrea.- ¿Me lo vas a contar?

María.- Mercedes vivía en Guadalupe. Unos días antes de conocer a Vostell, hizo una visita al monasterio con unas amigas. Allí le llamó la atención el sarcófago de una figura que tenía la nariz muy gastada. Le preguntó al fraile por qué la nariz estaba tan desgastada y él le contó la leyenda. En el pueblo se decía que la persona que besara aquella nariz conocería en breve al compañero de su vida. Mercedes la besó y a los pocos días apareció Vostell. En esta foto están unidos por la nariz, por eso me gusta.

Andrea.- ¡Que romántico! ¿Tú tuviste alguna premonición antes de que yo apareciera?

María.- Ojalá la hubiese tenido. Cuando apareciste por la puerta me congelé.

Andrea.- ¡Qué bonita eres! ¿Cuándo termina el plazo?

María.- (*Lee en el ordenador*.) El 20 de octubre. ¡Quedan cuatro días!

Andrea.- Podemos hacerlo. ¿Cuántas exposiciones tienes programadas para el año que viene?

María.- Una por trimestre.

Andrea.- ¿Ya le has puesto nombre?

María.- ¿A quién?

Andrea.- Al ciclo. ¿Qué te parece «Paisaje de la memoria»? Los artistas trabajarían con el paisaje del museo, dialogando con él.

María.- Vaya, no está mal para una chica de números.

Andrea.- Ehhhh. Yo también estudié arte, señorita. (*Cogiendo uno de los papeles que sale de la impresora*.) ¿Cristina Lucas? Pero esta tía es española.

María.- Bueno, es una excepción. Su obra está muy vinculada con nuestro trabajo. Mira, ¿ves esto? El cartel que cuelga de la avioneta es la fórmula que mide la capacidad de elevación. Pertenece a una serie que habla del deseo de volar y de las consecuencias que ha traído consigo en las diferentes culturas.

Andrea.- ¿Qué consecuencias?

María.- Los bombardeos, por ejemplo.

Andrea.- (*Metiendo los dedos en el escote de* María.) ¿Y por qué no los paracaídas?

María.- Eso sería otra obra.

Andrea.- Hay demasiados artistas a quienes les gusta hablar de la destrucción.

María.- ¿Estás celosa?

Andrea.- ¿Debería estarlo?
María.- Soy yo la que debería estarlo.
Andrea.- ¿Me vas a contar qué te pasa? ¡Estoy tratando de ayudarte!
María.- (*Lee en la pantalla del ordenador*.) «He estado pensando en volver. Aquí ya todo está caducado, mis pies no se agarran al suelo. Todo tiene fecha de caducidad».
Andrea.- ¿Qué haces leyendo mis mails?
María.- ¿Todo tiene fecha de caducidad? Pues tú no llegaste aquí con un cartel que dijese «consumir preferentemente antes del veinte de agosto».

Andrea *cierra el ordenador.*

Andrea.- ¡Es mi intimidad!
María.- Pues encárgate de preservarla. Mi paciencia también ha caducado. ¿Se te olvidan las cosas que compartimos? El trabajo, la casa, ¡la ropa interior!

Andrea *la agarra del brazo.*

María.- ¡No me toques!
Andrea.- No tiene nada que ver contigo.
María.- Nada es suficiente para ti, Andrea.
Andrea.- (*Intenta calmarla*.) Ojalá nos enseñasen a vivir en escala.
María.- ¡No me jodas con las fórmulas! Ahora soy yo la que se marcha.
Andrea.- No digas tonterías. Este museo es tu vida.
María.- (*Saca la escultura del armario*.) El amor es un arte como otro cualquiera, pero hay que saber conservarlo.
Andrea.- Eres tú quien ha roto la maldita escultura.
María.- (*Abre el ordenador y lee de nuevo*.) «Todo está hecho para romperse».

Tira uno de los pedazos de la escultura al suelo.

Andrea.- María, deja de hacerte daño.
María.- Anoche tuve un sueño. Estábamos en el lago y una cigüeña comenzaba a beber a nuestro lado. Tú y yo nos asomábamos para intentar ver su reflejo en el agua y nos enfrentábamos a nuestros rostros, espejados y tristes.
Andrea.- María, no sigas…
María.- Nuestro gesto se transformaba lentamente. Tú gritabas asustada y yo intentaba tranquilizarte. Te decía: «No dejes de mirar.» Cuando el agua se calme nuestros rostros se irían recomponiendo. (*Le acaricia la cara*.) La belleza aparece así, de repente, cuando eres capaz de enfrentarte a ella.

Andrea.- ¡Basta, María!

María.- Yo veía mi cara apaciguarse en el reflejo, mientras la tuya se iba desfigurando cada vez más y más, hasta descomponerse.

Andrea.- ¡Déjalo ya!

María.- Tienes miedo de encontrarte. Yo tampoco te reconozco.

Andrea.- ¡Para!

María.- Mientes constantemente, con cualquier excusa. Te interesas por mi trabajo, de repente, como si verdaderamente te importara, para rellenar los huecos. Yo también quiero irme lejos, Andrea, donde pueda mirar el lago y no sentir dolor.

Andrea.- Tú siempre dices que no quieres marcharte de aquí.

María.- Voy terminar este proyecto. Llevo mucho tiempo trabajando y no pienso estropearlo ahora.

Andrea.- Podemos conseguir la subvención y después irnos a otro lugar.

María.- ¿Juntas? No, Andrea, yo quiero mirar el lago tranquila y no tener miedo de lo que voy a encontrarme. Haces todo lo posible para arrepentirte de cualquier cosa que haces. Te gusta lamentarte. Llevas cuatro años viviendo aquí y aún no te has acostumbrado. ¡Vienes al museo en tacones! ¡Por el amor de Dios, Andrea, estamos en mitad del campo!

Andrea.- Y soy feliz contigo, pero este lugar…

María.- ¿Para qué quieres que consigamos la subvención, para irte con la conciencia tranquila? No te preocupes, la memoria transforma los recuerdos.

Andrea.- (*Intenta abrir la ventana*.) Me estoy asfixiando. Hace demasiado calor aquí.

María.- No puedes pelear con las lágrimas que no vienen. «Arte = Vida = Arte».

Andrea.- Deja de hablar con palabras de otro.

María.- Un rostro sólo nos pertenece cuando estamos delante de él.

Andrea.- Tú misma estás pensando en marcharte. Aquí no hay nada que hacer.

María.- Viniste huyendo de Madrid. Decías que las ciudades solo pueden pasearse a medias. Aquí se puede respirar pero los besos se parten si no los cuidas. Ese mail es más ofensivo por lo que oculta que por lo que dice.

Mientras Andrea *intenta tomar aire,* María *se prepara un té; introduce la bolsita dentro de la taza y gira un reloj de arena que hay sobre la mesa.*

Andrea.- ¡No puedes pretender que todo tenga el tiempo exacto! (*Coloca el reloj de arena en posición horizontal*.) A veces hay que improvisar.

María.- Sabes que no me gusta hacer planes a largo plazo, ni tomar decisiones precipitadas.

Andrea.- Pero yo no puedo vivir en mitad de tu contradicción.

María.- Algunos peces cambian de color cuando advierten el peligro. ¡Estás pálida! No quieres irte conmigo a ninguna parte, pero tampoco tienes valor para decirme la verdad.

Pausa.

Andrea.- He encontrado otro trabajo en Madrid.
María.- Lo sabía…
Andrea.- Aún no he decidido nada.
María.- Hace ya dos semanas que te castañean los dientes cuando duermes. ¿Quieres irte? ¡Vete! Pero no pretendas que te limpie la conciencia. Es imposible volar sin romperle el cielo a alguien…

María *levanta una persiana y ve la escultura. «¿Por qué el proceso entre Jesús y Pilatos duró solamente dos minutos?» Tótem tecnológico formado por un avión militar MiG-21, fragmentos de automóviles Seat, un piano de cola, monitores de ordenador y televisores superpuestos. Encima de la escultura, de 16 metros de altura, hay un nido de cigüeña.*

María.- Las cigüeñas blancas son monógamas. ¿Lo sabías? Conservan la misma pareja toda la vida porque la necesitan para construir el nido.
Andrea.- La cooperación y la necesidad no son la misma cosa.
María.- Puedes levantar el vuelo. Buscaré la manera de terminar mi trabajo aquí, de terminar lo que empecé, y después encontraré también la manera de marcharme.
Andrea.- Encontraremos la libertad en otro lugar.
María.- Migra como las cigüeñas, pero recuerda que siempre vuelven.

Andrea *sale del despacho.* María *coge los pedazos de la escultura rota, abre la ventana y los tira al lago.*

María.- «Arte igual a vida, vida igual a arte». Ya no habrá más reflejos.

Igualitas

Sara Pereda

66. Teatro Mínimo nº 4

67. *Igualitas*, Sara Pereda

Personajes:

Madre

Nena

Yaya

68. Teatro Mínimo nº 4

Terraza medio techada de un piso corriente de Madrid. La Nena, *una mujercita de nueve años y nervio mocoso en los pies, sin terminar de sentarse a gusto, saca juguetes de una bolsa de raso en la que se lee con un rótulo grueso "Trastos Nena". La* Yaya, *una mujer de nervio incipiente en manos y cabeza, se encuentra sentada en una mecedora de mimbre. Abre, como mejor puede, la primera de las maletas apiladas en una esquina de la terraza, como buscando algo en su interior. En cada maleta, también rotuladas se lee: "Blusas verano", "zapatos , "Adornos y belén"*

Un portazo y un tintineo de llaves se escuchan desde dentro del piso. Una voz de mujer con taconeo nervioso, maldice ininteligiblemente. La Madre, *joven y de potente carmín en los labios, aparece en la puerta corredera de la terraza. Las tres llevan medias con lunares adecuados a ellas: lunares viudos, lunares sobrios e infantiles para la pequeña. La* Madre *mira a la* Nena *y a la* Yaya *que le ignoran inmersas en su nervio. La* Madre *le arrebata con genio la maleta donde la* Yaya *rebuscaba.*

Madre.-¿Queréis dejar de sacar todo lo que recojo? De poco me servís las dos.

Yaya.- Andaba buscandu en la bolsina. Viste que no doy con...

Madre.- (*Interrumpiéndole, asomando su cuello en búsqueda, hacia el interior de la casa*.) ¿Y la niña?

Yaya.- (*Despistada. Mirando a la* Nena *que ha sacado un Jenga*[1] *de colores, y lo empieza a montar*.) Aquí, ¿Dónde si no?

Madre.- A ésta ya la veo. Digo la otra.

Yaya.- (*Abriendo otra maleta*.)¿Qué otra, oye?

Madre.- Pues la otra, mamá. Por dios.

Yaya.- ¡Ah! ¿La niña? Marchó.

Madre.- Te dijo a dónde si puede saberse? (*Silencio*.) Mamá ¿Te dijo a dónde?

Yaya.- (*Sacando los pantalones de la maleta y doblándolos malamente sobre sus piernas*.) ¿Dónde pusiste mis medias, a ver? Son las que más me prestan. Las de los lunares negros no se encuentran en cualquier comercio. Las tengo de munchos años. ¿Dónde las pusiste, a ver?

Madre.- Nena, ¿tú sabes dónde ha ido?

Nena.- Creo que sí.

Madre.- ¿Voy a tener que pegarme con las dos para que lo digáis?

Nena.- Sólo pregunta.

Madre.- ¡Pues eso hago! (*Se recompone*.) ¿Sabes dónde ha ido la desgraciada? ¡En media hora viene el camión de la mudanza y necesito ayuda!

---

1. Jenga: Juego de mesa compuesto de piezas de colores colocadas en forma de torre. Según el color que aparezca en el dado, se retirará la pieza correspondiente, aguantando el equilibrio, sin que la torre caiga.

Nena.- La niña se fue con Dani.
Madre.- Dani ¿Quién?
Nena.- El nuevo.
Madre.- ¿Cómo que «el nuevo»? ¿Y qué pasa con Carlos?
Nena.- (*Encogiéndose de hombros.*) Ahora es Dani.
Madre.- ¡Ésta! Yo no se a quién habrá salido. A mí, no desde luego .¿Qué voy a hacer ahora? ¡Este lío de cajas! Si olvido algo suyo… Ni media ¿eh? ¡Que no diga ni media! Hay que joderse.
Yaya.- Na. Tó la terde llevo buscandu.

La Nena *ríe.*

Madre.- ¿De qué te ríes?
Nena.- ¡Hay que joderse!
Madre.- ¡Chsssst! ¿Dónde has escuchado tú eso?
Yaya.- (*Encontrando unas medias, que no son las de lunares.*) ¡Aquí! ¡Aquí están!
Madre.- (*A la* Yaya. *Pegando una colleja a la* Nena.) ¿Has oído lo que ha dicho la Nena?
Nena.- ¡Ah!
Madre.- A ver ¿dónde has escuchado tú eso?
Nena.- ¿Qué he dicho?
Madre.- Por el mismo camino va de respondona. Van a ser igualitas.
Yaya.- (*Descubre que no son las que buscaba.*) ¡Meca! Éstas no son. Yo se que lescondisteis porque us gustaron a toas, y toas les queréis. Yo lo sé.

La Yaya *vuelve a la búsqueda.*

Madre.- (*Apretujando la cara de la* Nena) Prométeme que no hablarás más así de mal.
Nena.- ¡Peor habla la abuela! (*La* Madre *le amenaza. La* Nena *levanta el meñique en su defensa.*) Pinky promise.

Madre.- Me vale si es un sí.

La Nena *vuelve a su juego. Tira el dado y saca la ficha de la torre del color que le ha tocado. Con cuidado. La* Madre *le peina el pelo con las manos para hacerle una coleta.*

Madre.- Así me gusta. No, tú no vas a ser como ella. ¿No ves mamá? La nena es más calmada. Ella es paciente. Así. Saca las fichas con cuidado y cuando tocan. Como yo cuando era como ella. La niña en cambio. ¿Te acuerdas? De cualquier manera y así

¡Todo de golpe! Y ¡Prrum! Al suelo todas.

La Nena *saca una de las fichas de la torre torpemente y ésta se desintegra esparciendo las piezas por el suelo. Muy nerviosa trata de recogerlas todas. La* Yaya *le ayuda.*

Madre.- ¡Eso a recoger! Bien quemada me tenéis. Voy a empezar a sacar cajas o no nos largamos de aquí nunca.

La Madre *sale por un lateral.*

Madre.- ¿Qué voy a hacer con esta niña? ¡Por dios!
Nena.- Pues yo no me quiero ir. A mí nadie me ha preguntado si me quiero ir.
Yaya.- ¿Pero por qué? Si nosotras sumos de Gijón, Nenita. Tu madre, mi madre, y le suya. Asín sempre. Aquí nusechamos a perder. Toas nusechamos a perder. Malditu home aquél que me xunté yo engañada. Lo mejor yera ya regresar, verás qué bien. Yo nu me aguantu les ganas de volver.
Nena.- Pero yo aquí tengo a todos mis amigos. ¿Tú no tienes aquí también a todos tus amigos?
Yaya.- Un muzu tuve yo. Dani también, cuando yera comu la niña…
Nena.- ¡Digo ahora, yaya!
Yaya.- … pero deso ya fái munchos años.
Nena.- ¡Yo no quiero mudarme al Aguijón!

La Nena *tira con furia todas las fichas al suelo de nuevo. Entra la* Madre *cargando unas cajas. Las deja sobra una mesa y recoge de nuevo las fichas que la* Nena *ha tirado. Esta vez muy despacio. La* Nena *y la* Yaya, *también se ralentizan.*

Madre.- Veinte van ya. ¡Veinte! A los veintiuno, la primera. Pero eso ya te lo habré contado mil veces. Para qué vas a escuchar. Seguro que ese Dani, o Carlos... Ellos no te dan sermones. Te dan... Otras cosas. Cómo que no lo sé yo. Si estoy más encima de lo que mamá estaba conmigo, es por algo. Si ella se hubiera preocupado la mitad de lo que yo... Bueno. Pero no fue su culpa. Claro que no. Mírala. Pubrina. Fui yo, que era igual de descerebrada que tú. Igualitas. Es esta ciudad, que ha ido acabando con todas nosotras. No se qué tiene. Amanece, sales, y a patalear. Un bus, y luego otro. Todos como berberechos. Y los cigarrillos entre horas pa' calmar. Y el cajetín siempre a medias. Que sé que hfumas y me los robas, no quitas. Robas. Porque lo haces con malicia. Fumas con malicia. Follas con malicia. Y si sale bombo ¡Bingo! Y a buscarte la vida, que es lo que estás buscando. Sola.

Al menos, el Carlos... Ya me caía bien, sobre todo porque hacía teleco. Aunque no se como lo haría, con todo lo que salís siempre, y lo difícil que es estudiar ahora. (*La* Madre *coge un barreño vacío y se acerca a recoger los vestidos que estaban por secar, para meterlos en él*.) Bueno como siempre. Pero ahora peor. Y al menos él, hacía teleco y te trataba bien...(*Pausa.*) No, claro. No. Bien, bien, no te trataba... ¡Hacía! Como que te trataba bien... Pero evidentemente... ¡Dios, mío! Hija mía, lo siento tanto... Si se equivocó conmigo, ya se tenía que haber equivocado con muchas otras antes ¿No? Si en el fondo es mejor que se haya acabado así. Los que son de esa calaña... ¡Joder! Y esto sin secar.

Busca un secador de pelo, lo enchufa y empieza a secarlo, hablando por encima del ruido.

Madre.- ¿Y tú? Que ni de camarera te contratan, niña… ¡Actriz! Ya ves tú, qué ambición es ésa. Para eso o tetas o talento. Tú crees que llega sólo. Pero hay que tener cabeza. Y ni tetas, ni cabeza, niña mía. Ni tetas, ni cabeza tienes tú. ¡Uy, mira! Si te has dejado el de Zara aquí. (*Mete el vestido en el barreño*.) ¡Pues para mí, si no vienes! Que me queda también muy bien... (*Pausa. Vuelve a mirar el vestido en el barreño con lástima. Lo termina sacando y lo vuelve a tender, dejando la prenda sola en el tendal*.) Bueno, la verdad hija mía es que a ti... A ti sí que te queda de rechupete.

La Madre *se mete con e barreño en casa. La* Nena *y la* Yaya *vuelven a su nervio normal.*

Madre.- Anda. Ayudadme con lo demás.

La Yaya *cierra la maleta en la que ahora buscaba y sale detrás la* Madre, *con ella. La* Nena *carga con su bolsa de raso, siguiéndoles. Tras un momento la* Yaya *vuelve a entrar, con las manos vacías y el mismo nervio. Se sienta de nuevo en la mecedora. Se balancea. La* Nena, *entra después y regresa a su juego.*

Yaya.- ¿La llamaste?
Madre.- (*Desde dentro*.) Ni caso.
Yaya.- Ésa ya nu viene. Se queda aquí pa' siempre.
Madre.-(*Desde dentro*.) ¡Que se atreva!
Nena. La niña me dijo que hay mar en Aguijón.
Yaya.- Sí, Nenita. Ventolao, pero bonito.
Nena.- Que está siempre enfadado y frío para que no se bañe nadie y se te hagan cubitos los dedos.
Yaya.- Que no, oh. ¿Qué tontá es esa? El mar se prucupa por ti. Te da carácter. Sistuviera caldiáu, sería tó mu fácil y no tespabilerías como debes.

Nena.- Y allí ¿Hay medias con lunares?
Yaya.- ¡Pos claro! ¿No va haberlas? Aquí nu las hay. Allí tán por toas partes.
Nena.- La niña ya no se pone.
Yaya.- Esu es porque es mayor.
Nena.- Tú también eres mayor y las llevas.
Yaya.- Es que a esa edad, Nenita, una sempeña en renegar lo que le gusta. Pubrina, ella. Y toas. Que lo llevamos tó dentru, faciendo bola. Como si eso nus ficiera más muyer. Pero a la niña le prestan las medias asín, con lunares. Como debe ser. Y lo sé porque a veces, se las veo poner en el cuarto suyo. Y luego les guarda, y les cambia por otros trapos que la facen tóa un embutido.
Nena.- Pues yo no me las voy a quitar, ni voy a dejar de hacer lo que me gusta nunca. Y cuando tenga novio, me pintaré de rojo los labios si quiero. Y cuando sea vieja, tendré una silla balancín para dormirme lo que quiera como tú, y veré pelis sin que me riñan. Y mis medias tendrán colores. Que son más divertidas. Y no viviré en Aguijón. Allí no. Volveré a Madrid con la niña, y viviremos juntas.
Yaya.- Pero ella será grande y tú rapaza. Y te perderás. Como tóas.

La Madre *entra de nuevo.*

Madre.- Ya he llamado a los de la mudanza. Vendrán con dos tiarrones para ayudarnos. Menos mal, porque falta nos hacen.

La Yaya se de cuenta de que lleva las medias de lunares puestas.

Yaya.- ¡Coña! ¿Por qué no mi dijisteis que las llevaba puestas?

La Madre al ver que la Nena se está mordiendo las uñas, le da un golpe seco en la mano.

Madre.- Déjate la mano quieta.
Yaya.- Toa la mañana buscándolas, y acuerdóme ahora de llevarlas puestas…

La Nena *y la* Madre *ríen.*

Yaya.- A vosutras también sosirá la chaveta. Y ya reiré yo, ya.
Madre.- Mamá, que me río por no llorar (*Buscando algo por los cajoncitos del mueble de la terraza. Después mira la hora, y vuelve a buscar entre los cajones.*) ¿Has visto mis cigarrillos? (*Pausa.*) No se dónde se ha metido, pero tendría que estar ya aquí.
Nena.- A lo mejor no viene.

Madre.- No digas tonterías.
Nena.- ¡Si la niña no viene, yo tampoco me voy!
Madre.- Tú te vas a venir lo quieras o no. Y la niña también. ¡Nos vamos todas! Se va a ganar un sopapo cuando entre por esa puerta.
Yaya.- (*Con sorna.*) Asín nu lo hará más.

Silencio. La Madre *abre un cajón y da con la cajetilla.*

Madre.- ¡Ah! Aquí están.
Yaya.- Ése es mi cajetín.
Madre.- Pues no debería serlo (*La* Madre *se enciende un cigarrillo.*) Nena, dime ¿Cómo era Dani?
Nena.- ¿Qué más te da?
Madre.- Dime.
Nena.- ¿Se lo vas a robar?
Madre.- ¡Chsst! ¿Qué te ha dado para hablar así?

La Nena *le saca la lengua. La* Madre *se la pilla con los dedos. La* Nena *llorosa trata de hablar con dificultad.*

Nena.- ¡Ca no se cómo ez! Mayód.

La Madre *le libera.*

Madre.- ¿Qué?
Nena.- ¡Que era mayor!
Madre.- ¿Cómo de mayor?
Yaya.- Qué más te da, muyer.
Madre.- ¡A callar! ¿Cómo era de mayor?
Nena.- Pues como un mayor. Con barba y coche.
Yaya.- Meyor el carro que la motillo.
Madre.- ¿Se fue en coche?
Nena.- Sí.

La Madre *tras una gran calada, aplasta el cigarrillo.*

Madre.- ¿Y era un coche grande o un coche pequeño?
Nena.- ¡Ay! Que no sé.

Madre.- ¡Dime!
Nena.- Como el de papá, con rueda en el culo.
Yaya.- Míralu qué familiar. Perfecto para ti, hija.
Madre.- Pareces tú la cría.
Yaya.- Mencuentru más cerca della que de ti. Somus vecinas de ciclo vital.
Nena.- ¡No soy cría!
Yaya.- Rapacina…

La Nena *grita. La* Madre *vuelve a abrir la cajetilla para coger otro cigarro. La* Yaya *trata de impedírselo pero ella le esquiva. Está vacía, así que lo guarda enfadada de nuevo en su sitio. Pausa. La* Madre *da una patada a la torre de la* Nena *destrozándola.*

Madre.- ¡¿Por qué dejasteis que se fuera?! ¡Sabíais que salíamos a las dos!
Yaya.- (*Al público. La* Madre *y la* Nena *se paralizan*.). Fái ya tres semanes. Un martes, que es cuando yo tengo la rehabilitación. La Nena andaba en la casa, pero pensase la Madre que estaría en su lección de piano. La niña, como la mayoría de les tardes, andaba fuera. La Madre subió, mais feliz que de costumbre, con menos nervio y tacón. Mientras la niña jugaba con la soledad del cuartu, creyéndose en privado, la Madre entróse nel dormitorio de la mano de un joven, (*tapándose la boca con la mano*) habitual ya de la casa. (*Pausa.*) Por ambas partes. (*Pausa.*) Cuando la Nena escuchó les voces, acercóse pa' sentirse acompañada, y encontróse a Carlos y a la Madre algo encendidos sobre la cama. (*Pausa. La* Yaya *toma el paquete de cigarrillos del mismo sitio que había cogido la* Madre *antes*.) Calla. Ya me dejó sin pitillos. (*La* Yaya*. cierra los ojos y se balancea en la mecedora*.) La Madre invitú a la Nena a un barquillu con helao. Algo que ella no facía nunca, y que alertó a la Nena, quel descubrimiento suyo, era grande. Y quen algún momento, como fue éste que acabose sucediendo, podría utilizarlo a su favor. (*Pausa. La* Yaya *abre los ojos*.) ¿Y por qué lo se? (*La* Yaya *se mordisquea una uña*.) Bueno, esus son secretillos de Yaya. (*Pausa.*) Carlos marchó. Probablemente habría quedau con la niña. Pero déso yo ya nuestoy tan segura. Ésu inventómelo, y asín, deloy emoción.

El móvil de la Madre *suena. La* Madre *mira el número.*

Madre.- No se qué número es éste. Pero más le vale ser ella.
Yaya.- Verás cómo sí.
Madre.- (*Cogiendo el móvil.*) ¿Sí? ¿Tú eres Dani? Me vas a pasar a la niña.. (…) ¡Ah! Disculpe. Creí que era otra persona. (*La* Yaya *y la* Nena *ríen La* Madre *se mordisquea las uñas.*) Sí, sí. Es correcto. (…) Cuarto izquierda, sí. (…) Vale muchas gracias (…) ¿Cuánto? (*La*

Madre *mira la hora de nuevo.*) Sí, todo bien. Gracias. (…) Adiós, y perdone. (*La* Madre *cuelga.*) La mudanza. Que están casi aquí. La mato. (*A la* Nena, *refiriéndose a la torre*) Y tú. Guarda eso en la bolsa del salón si no quieres que se quede aquí. (*La* Nena *recoge las piezas.*)

Nena.- ¡Déjate la mano quieta!

La Madre *le amenaza levantando la mano, y la* Nena *sale corriendo.*

Madre.- Al final será peor ésta.

Yaya.- No muyer, peor no. Igual. Al menos ésta habla si tien que hablar, y calla... Si tien que callar.

La Madre *y la* Yaya *se paralizan. La* Nena *entra. En la mano lleva un test de embarazo.*

Nena. - (A la Madre.) Lo encontré. Estaba en el baño al salir la niña. Luego volvió a por él. Me contó cosas. Son cosas secretas que ella a veces me cuenta si está contenta. A ti no. Contigo no le sale. Dijo que el palito adivina si tienes un bebé en la tripa. No te preocupes, porque me dijo que ella no lo tenía. Menos mal, porque si yo soy la nena, al bebé sería eso, Bebé. Y eso es mucho peor que nena. Yo se que al bebé no le gustaría. ¿Y tú, mamá? Tú gritarías mucho. Muchísimo. Gritarías tanto, que la niña no volvería a casa. Y tampoco al Aguijón, para que viera a Bebé de vez en cuando. Por eso me callé. Ssh… Yo no quería irme sola al Aguijón. Pero hoy cuando la niña se ha ido me ha hablado al oído, para que la Yaya no escuchase nada. Me ha dicho «Nena, me escapo» Pero que si me callaba, yo podría irme a vivir con ella después de unos cumpleaños y me dejaran montar sola en el autobús. Dijo iba a vivir más aquí. Que se quedaba con Dani. Porque Carlos era tonto y Dani le trataba como una princesa. Mamá, la niña sabe que tú le has dado besos a Carlos. Pero promitido, promitido, promitido, por mí y todos los barquillos con helado, que yo no dije nada. Porque a mí me gustan los secretos. Ssh…. (*Quitándose torpe la coleta que le había hecho la* Madre, *que le tira.*) Los secretos son secretos sólo si no se dicen. Luego ya son otra cosa. Son…del aire. Y si sopla fuerte, y se enfada…¡Nos despeina a todas!

La Nena *tira el test de embarazo al suelo despertando a la* Yaya *y a la* Madre.

Nena. - La niña no va a venir con nosotras. Me lo dijo en el oído antes de irnos.

Madre.- ¿Qué?

La Madre *se agacha para recogerlo. La* Nena *lo coge rápidamente antes que la* Madre *y lo lanza por la terraza.*

Madre.- ¡No!

La Madre *coge a la* Nena *por los hombros fuertemente y la zarandea.*

Madre.- ¿Qué era eso? ¿Un test? ¿Era un test de embarazo? ¿Sabes lo que es? ¡Nena, di! ¿Lo está? ¿Eso pasa? ¿Se ha ido porque se ha quedado preñada?

Nena.- ¿Podemos irnos ahora sin ella?

Yaya.- ¡No es verdad!

Madre.- ¡Descerebrada!

Yaya.- ¿Lo irá a tener?

Madre.- ¿Por qué no lo has dicho antes?

Nena.- Era un secreto. Como cuando me compraste el barquillo. No se podía decir.

Madre.- ¡No es lo mismo, Nena! Esto sí tenías que decirlo ¡No es lo mismo!

Yaya.- No lo cargues con ella. ¡No ves que no entiende?

Nena.- Sí que entiendo. Nos vamos sin ella. Y luego, después de unos cumpleaños, volveré con ella y mis amigos.

Madre.- ¡Todo menos eso! ¡Le dije que todo menos eso!

Yaya.- Tan joven…

Madre.- ¡Estúpida! ¿Y de quién será? ¿Del Dani? ¿Del Carlos?

Suena el timbre de la puerta. La Madre *sale corriendo.*

Madre.- (*Desde dentro.*) ¡Y claro que no es ella! Pasen. ¡Pasen y recojan rápido! ¡Salgamos ya de esta ciudad de locos!

Yaya.- Nena, ayudále anda.

La Nena *abraza a la* Yaya *y sale. La* Yaya *cierra los ojos y se balancea en la mecedora. Después saca un teléfono móvil. Piensa antes de marcar. Llama.*

Yaya.- (Bajito.) ¡Niña! ¿Cómo es eso del bebé? ¿Por qué no me dijiste? (…) ¡Ay! Pero qué alivio. Pero la Nena diju... (…) ¡Pos claro! Si no es lista ella... Más te vale acugerla cuando dela por marchar pa' Madrid ¿eh? (…) ¿Cómo va a estar? ¡Furiosa! (…) Sí, ya vinieron de la mudanza a puntito taremos. Oyi, niña. Dexé lo tuyo en el desván como pidiste (…) ¿Todo bien? (…) ¿Tá Dani contigo? (…) Anda, dale un beso de mi parte. Te voy a exar de menos, niña. (…) Sí, toy mu contenta, ya sabes quién no tantu. Pasaréle, verás (…) Sí, pero no dexes correr muncho tiempo pa' decirlu (…) No le quedará otra que comprenderlu. (…) Vale, niña. (…) Muyercita… (…) Tá bien reina. Un besín forte. Muá, cariño, Muá. Cuídaos los dos.

La Yaya *cuelga. Se balancea. Se mira a las manos que ligeramente le tiemblan.*

Yaya.- Qué nervio. Qué nervio per correr.Ya sé que nun teubiera dexado quedar, pero nun sé, así tan pronto… Yo te quería en casa un poquín más… Niña, óyi. Oyimi porque son los mexores años éstos que tú tien. Es difícil vivir con el futuro metidu en casa, niña, y el pasadu a cuestas. Faciendo pesu en contra. Tirando la torre, una vez tres otra. Pero aprendése más rehaciéndo munchas veces que no tirándula nunca. Esos lunares nuestros… Que los dexaste y volviles a guardar. Encuéntralos que son marquita de toas sempre. Per sempre. Per muncho que cambie el acento, o lo que sea. Déxate ser. Asín, aún siendo niña, verás que pronto… igualitas. Todas sempre. Igualitas.

MAD - JFK - MAD

Silvana Pérez Meix

80. Teatro Mínimo nº 4

Personajes:

Fernado

Emilia

82. Teatro Mínimo nº 4

Salón con cocina. Una mesa grande en el centro. La puerta de la calle da directamente a este salón. Hay otras dos puertas, la del baño y la del dormitorio.

Fernando.- (*Entrando por la puerta*.) No había piñones. ¿Te puedo hacer el pesto con otra cosa? ¿Cariño? ¿Ballena? Espero no haber estropeado la cena...

Emilia.- (*Desde dentro*.) Voy.

Fernando.- Me apetece mucho cenar contigo. Hacía días que no coincidíamos. Te echo de menos. Últimamente sólo nos vemos para dormir. Mañana podemos ir a la exposición esa que me dijiste en la galería de arte. Nunca me acuerdo del nombre de esa mujer.

Emilia.- (*Desde dentro*.) Melissa Hindell.

Fernando.- Esa. Pues he pasado por delante y ya está la exposición de los crisantemos que querías ver.

Emilia.- ¿La serie Vértigo?

Fernando.- Esa. Pues cuando quieras vamos. ¿Quieres vino?

Emilia.- No, ábreme una cerveza. Ya salgo.

Fernando.- Tampoco he encontrado aceitunas.

Emilia.- ¿Pero has ido a Scala?

Fernando.- Fui a Neto, como me dijiste.

Emilia.- Y que lo que no encontrases ahí, en Scala, que tienen arbequinas (*Asoma la cabeza por la puerta del baño*.) Y el pesto sólo se puede hacer con piñones.

Fernando.- Aquí tienes tu cerveza. (*Bebe*.) ¿Hago algo? ¿Corto cebollas? (*Pausa. Empieza a cortar cebollas*.) Ballena, sal.

Emilia.- Ya salgo.

Fernando.- ¿Has mandado eso?

Emilia.- Todavía no.

Fernando.- Pero ya lo habías pensado.

Emilia.- (*Saliendo del baño*.) No cortes tanta cebolla.

Fernando.- Brindemos, por lo menos, ¿no?

Emilia.- ¡Salud!

Fernando.- Mírame a los ojos.

Emilia.- Pero si follas seguro.

Fernando.- No era por eso. ¡Salud! (*Pausa*.) Me alegro mucho por ti. Estás muy guapa, mucho.

Emilia.- No das ni una con la compra. No puedo creer que seas tan cafre para estas cosas. Te he hecho una lista bien clarita... Aceitunas arbequinas, albahaca, piñones, los raviolis frescos. Eso sí que lo has acertado. Y el aceite de oliva. Y en el instituto eres jefe, ¿no? Por cierto, mañana tengo yoga. No puedo ir a recoger tu chaqueta.

Fernando.- No importa, voy yo. Además, recogí tres limpias hace dos días.

Emilia.- Tendría que lavarlas yo. Así nos ahorrábamos ese dinero.

Fernando.- No necesitamos ahorrar ningún dinero.

Emilia.- No me cuesta nada hacerlo.

Fernando.- ¿Pongo la pasta a hervir?

Emilia.- Todavía no, se cuece muy rápido. ¿Por qué no terminas tú la ensalada?

Fernando.- Claro.

Emilia.- ¿Sabes que han abierto una nueva cafetería en la esquina? Me tomé un café allí. Al final todas las nuevas cafeterías de ahora me parecen iguales. Ya no venden café. Venden lugares. ¿Entiendes? Venden experiencias, dicen. Pago cuatro dólares por un café orgánico que me sabe exactamente igual que un Nescafé.

Fernando.- Ya.

Emilia.- Pero, atiende, los cuatro dólares no son por el café, los cuatro dólares los pagas por las sillas desemparejadas, a veces, mal pintadas. O por los cuadros de la abuela del dueño. No entiendo por qué está tan de moda poner fotos antiguas en los bares. Le doy vueltas a eso. Es como si el dueño del bar estuviese realizándose artísticamente, mostrándose, exhibiéndose. Pero lo que de verdad quería vender, el café no es diferente en nada de cualquier otro café. ¿Me has comprado amoníaco?

Fernando.- Sí, está en la bolsa. La del suelo.

Emilia.- Me gustaría entrar en un bar normal. En el que pueda pedir solo, cortado o con leche. Latte, latte machiatto, con leche de soja... Hay que tener un máster acertar. Yo creo que así está bien de albahaca.

Fernando *se levanta y abraza a* Emilia. *Se besan. Se miran. Se abrazan de nuevo.*

Emilia.- ¿Y todo este cariño de dónde sale?

Fernando.- Escríbelo en tu blog.

Emilia.- Ya lo he escrito. No me lees, ya no te intereso.

Fernando.- Efectivamente, Emilia. Eras mucho más interesante cuando no te interesaba el café que ponían en el bar de la esquina.

Emilia.- No hablemos de eso hoy.

Fernando.- Nunca lo hemos hablado. Hemos hablado mucho del café de la esquina. Interesantísimo.

Emilia.- No podemos hacer pesto por tu culpa.

Fernando.- ¿Los piñones? Le echamos otra cosa.

Emilia.- No, el pesto se hace con piñones. Voy a bajar un momento a ver si tienen en la *grocery's.*

Fernando.- No. Siéntate. Bebe. El pesto lo hago yo. Como sea. Quiero estar contigo esta noche. Cenar contigo. Siéntate ahí. (*Le acerca su cerveza*.)

Emilia.- ¿Puedo terminar yo la ensalada?

Fernando.- Está ya terminada. Siéntate. ¿Has empezado con el proyecto?

Emilia.- ¿Qué proyecto?

Fernando.- Hace unos meses me hablaste de unas fotos que querías tomar, fotos de animales. Animales dentro de la ciudad. ¿Cómo lo llevas? ¿Has seguido haciendo algo?

Emilia.- Estuve el otro día buscando parques y plazas por Queens.

Fernando.- ¿El otro día? No te interesa seguir con el proyecto. Lo estás dejando de lado. Cuando llegamos aquí, tenías todas las oportunidades. Las teníamos los dos. Estuvimos de acuerdo en embarcarnos juntos porque también era un futuro mejor para ti.

Emilia.- (*Se levanta y empieza a aliñar la ensalada*.) He ido más días pero no he encontrado nada interesante.

Fernando.- Pues empéñate. Eras muy tozuda, Emilia.

Emilia.- ¿Quieres vinagre de módena?

Fernando.- He dicho que la ensalada la termino yo. Siéntate.

Emilia.- No tengo tiempo para eso.

Fernando.- Ya. (*Pausa*.) Hoy he estado en aquella plaza de Williamsburg, delante de ese párking. Estaba todo medio abandonado. Pero nos encantaba. ¿Te acuerdas? Cuando llegamos a Nueva York. Las charlas, las cervezas. Era hasta divertido compartir bancos con otros seres solitarios. Éramos unos recién llegados y teníamos tantos planes. Me encantaba esas sensación, tú y yo. Sentados compartiendo nuestro día. Hablando. Tenías planes.

Emilia.- Pero tú ya viniste con un trabajo.

Fernando.- Sí. (*Pausa*.) Yo pensé que el cambio te ayudaba a ti también en tu trabajo.

Emilia.- No tengo mucho tiempo.

Fernando.- Sí tienes tiempo.

Emilia.- ¿Y la casa?

Fernando.- A la mierda la casa. No quiero que tú seas ama de casa. No entiendo por qué te sientes tan cómoda así. (*Pausa*.) Me siento culpable. He querido ayudarte dejándote tu espacio, tu tiempo, tu dinero...

Emilia.- Y todo eso lo he invertido ayudándote a ti.

Fernando.- Ya, ya, ya. Emilia, joder, ¿qué te pasa?

Emilia.- La gente cambia.

Fernando.- Eso quería decirte. Te has acomodado. Te has dejado llevar. Te has convertido en alguien distinto. Has dejado de lado lo que te apasionaba. Y era, precisamente, lo que me apasionaba de ti. Tu ahínco, lo pesada que eras, tu obstinación. Todos los días salías a hacer fotos. Todos. Expusiste varias veces.

Emilia.- No sabes lo difícil que es exponer.

Fernando.- Eso no solía ser un problema.
Emilia.- ¿Qué pasa? ¿Ya no me quieres?

Silencio. Emilia *se sienta y termina su cerveza. Abre otra. Bebe.* Fernando *pone agua a hervir.*

Fernando.- Haré el pesto con almendras.
Emilia.- Se hace con piñones.
Fernando.- ¿Qué te ha hecho esta ciudad?
Emilia.- ¿Vivimos bien, no?
Fernando.- Siempre hemos vivido bien. Digo que estás distinta.
Emilia.- ¿Desde cuándo?
Fernando.- Eso no lo sé. Me he dado cuenta hoy. Cuando he pasado por esa plaza. Me he acordado de como éramos. Qué queríamos. Y me doy cuenta que yo sí tengo lo que quiero.
Emilia.- ¿Entonces qué te pasa?
Fernando.- ¿Has tomado una decisión?

Emilia *bebe. Mira a* Fernando *desde su silla.* Fernando *deshoja la albahaca.*

Fernando.- ¿Emilia?
Emilia.- Parece como si la hubieras tomado tú por mi.
Fernando.- Emilia... No es eso. Pero no lo puedes dejar pasar. Piénsalo.
Emilia.- Ya lo he pensado.
Fernando.- Me alegro mucho. De verdad.
Emilia.- ¿Sí?
Fernando.- Claro, te lo mereces. Un puesto como ese y en esa universidad.
Emilia.- Ves. Has decidido por mi.
Fernando.- No. ¿Qué vas a hacer entonces? ¿Quedarte aquí? Esperar que salga algo aquí, cierto. Puedes quedarte aquí. Hacer la comida y la cena todos los días. Seguir yendo al gimnasio, claro.

Silencio largo. Emilia *sigue sentada y abraza a* Fernando.

Emilia.- Tienes la piel seca. (*Pausa.*) Deja que te eche una mano.
Fernando.- No, no. Hoy descansas tú. (*Pausa.*) Dame un beso. (*Se besan..*) Otro. Por favor. (*Se besan.*).

El agua empieza a hervir. Fernando *tira en el agua la pasta fresca.*

Emilia.- Lo que más me gusta es cortar champiñones. Es perfecto. Sobre todo cuando los corto con ese cuchillo de porcelana que tenemos. Clec, clec, clec, clec, clec. Me encanta ese sonido. Y la forma del champiñón es tan... tan... perfecta.

Fernando.- ¿Te acuerdas de cuando nos conocimos?

Emilia.- No me acordaba ni al día siguiente.

Fernando.- Pero estuvimos reconstruyendo lo que nos dijimos. Habías bebido y tú estabas con tu amiga. Y José y yo nos acercamos. De hecho José fue a por ti.

Emilia.- Fuiste mi segundo plato. Asúmelo.

Fernando.- Tienes la cara de un ángel, te dije.

Emilia.- Eres un moñas.

Fernando.- Y tú dijiste: ¿Sí? (*Los dos ríen*.) Y tenías la cara de las seis de la mañana. Y luego te dije que estabas buenísima.

Emilia.- Eso no es verdad.

Fernando.- Sí es verdad. Y después te dije que quería dormir en tu casa esa noche.

Emilia.- Aún no sé por qué te dije que sí.

Fernando.- Estabas borracha.

Emilia.- Me pasé todo el día bebiendo. Era el cumpleaños de María.

Fernando.- Estabas muy bonita. Casi sin bailar y tu amiga todo el tiempo diciendo tonterías.

Emilia.- Me dijiste algo de las estrellas. Seguramente para fardar.

Fernando.- Me da a mi que funcionó.

Emilia.- ¿En qué te basas? (*Ríen*.)

Fernando.- Yo nunca pensé en tener esto. De hecho lo deseaba. Quería estar contigo. Hablar contigo, verte. Pero se me hacía imposible. Me refiero a que éramos dos personas muy dispares. Nuestras carreras no se pueden conciliar.

Emilia.- No es verdad. (*Pausa*.) ¿Qué quieres decir?

Fernando.- Que nuestras carreras, lo que queremos para nosotros individualmente, no podemos hacerlo estando juntos.

Emilia.- Ahora somos felices juntos.

Fernando.- ¿Y después, qué? (*Pausa*.)

Emilia.- Eso ya está, sácalo del fuego.

Fernando.- ¿Qué?

Emilia.- ¿Entonces? Ya está, ¿no?

Fernando.- No me gustaría que dejases de lado tu carrera. Ese puesto te puede ayudar mucho.

Emilia.- Me voy a apoltronar.

Fernando.- Con eso es contra lo que estoy luchando. Te has apoltronado aquí. Cierto, la docencia no es lo tuyo. Pero lo que enseñas sí lo es. Podrás hacer fotos. Y tienes una casa en Madrid. Podrás pedir café con leche.

Emilia.- ¿Y tú?

Fernando.- Tienes que seguir adelante. Es un gran momento para ti. Esto ya lo hablamos cuando llegamos a Nueva York.

Emilia.- ¿Me estás dejando? Te ha venido perfecta la oferta, ¿no es cierto? Lo dejaremos y en cualquier caso tú siempre vas a quedar bien. Serás el que me apoyó y yo la que no entendí nada. Quieres que vaya a Madrid a ¿qué?. ¿A tomarle el pelo a la gente? ¿A decirle a cuatro chavales que tienen talento? ¿O que no lo tienen?

Fernando.- No quiero que sigas como aquí.

Emilia.- Lo que tenemos aquí lo hemos construido juntos. Bien, de acuerdo, nos hemos acomodado. Pero yo estoy bien así. Y si tú lo estuvieras no me presionarías así. No. No. ¿Y sabes otra cosa? Pensaba que te gustaba cómo vivíamos.

Fernando.- Sí me gusta.

Emilia.- ¿Y entonces?

Fernando.- No puedo soportar ver en qué te he convertido.

Emilia.- Para mi es lo mejor que me ha pasado.

Fernando.- Me siento culpable.

Silencio. Silencio. Silencio. Fernando *sirve la pasta en dos platos y pone la salsa.*

Fernando.- (*Sirviendo los platos en la mesa.*) Ya está.

Silencio. Silencio. Silencio. Fernando *se sienta.*

Fernando.- Ballena...

Emilia.- Está bien.

Fernando.- ¿Qué?

Emilia.- Que me voy.

Fernando.- No sabes cuánto me alegro. Creo que es una buena decisión.

Emilia.- Es la decisión que querías que tomase. Muy bien. ¿Y ahora qué? ¿Lo dejamos? ¿No?

Fernando.- ¿Por qué dices eso?

Emilia.- ¿Qué sentido tiene seguir juntos?

Fernando.- No empiezas hasta dentro de tres meses.

Emilia.- Entonces propones vernos agonizar durante tres meses. Prefiero terminar ahora. ¿No es más honesto con nosotros mismos?

Fernando.- No te entiendo.

Emilia.- ¿Para qué vamos a aplazar el sufrimiento?

Fernando.- No seas tan fatalista.

Emilia.- Soy práctica. Me voy en cuanto pueda.
Fernando.- Creo que te estás anticipando.
Emilia.- Crees que me estoy anticipando. ¿De verdad crees que es esto lo que quiero?

Fernando *se levanta y la abraza.* Emilia *no se mueve.*

Fernando.- Tampoco quiero que te vayas. Seguiremos en contacto, siempre. Ballena... No te lo tomes así. Mi trabajo está aquí, ya lo sabíamos. Lo intuíamos por lo menos.
Emilia.- Claro.
Fernando.- Siento como si hubieras olvidado por qué vinimos aquí. Viniste.
Emilia.- Ya, era provisional. Se me había olvidado la letra pequeña. Veo que a ti no.
Fernando.- Yo también estaba participando de todo esto. Estamos bien. Pero esto no es lo que habíamos hablado. Ni a ti ni a mí nos hace felices.
Emilia.- La gente cambia. Me gusta la vida que llevo aquí. No es la ideal, no es exactamente lo que yo quería. Pero estoy contigo, todos los días. No veo que suponga ningún problema para ti el que yo acepte el puesto. Creo que hasta te apetece.
Fernando.- No quiero quedarme solo. Pero quiero que seas la persona que conocí.
Emilia.- ¡No me jodas!
Fernando.- Por favor Emilia. Escúchame. Te quiero. Claro que te quiero. Pero no me gusta la persona en que te has convertido...
Emilia.- Eso ya lo has dicho. Nos estamos repitiendo. (*Pausa*.)
Fernando.- Emilia...

Se acerca a ella y la besa. Emilia *se sienta en una silla delante del plato.*

Fernando.- (*Se sienta*.) ¿Cenamos?
Emilia.- No tengo hambre.

Oscuro.

90. Teatro Mínimo nº 4

Encadenados

Isabel Vidal

92. Teatro Mínimo nº 4

Personajes:

Dida:

mujer en la cuarentena, de aspecto estropeado, con enormes ojeras y mirada perdida.

Mauro:

niño, de carácter fuerte aunque un poco ingenuo.

94. Teatro Mínimo nº 4

Baño de una escuela de primaria. Lavabos y retretes muy pequeños. Suena el timbre que indica el comienzo de las clases. Una mujer entra apresurada. Es Dida. *Tiene alrededor de 40 años, pero sus ojeras le hacen parecer diez años mayor. Lleva un globo de helio negro atado en una muñeca.*

Dida.- (*Recordando.*) Violeta... naranja... verde... marrón... amarillo... azulina... rojo... ¡rojo! Rojo, rojo, era rojo.

Rescata de un lavabo los restos de un bocadillo mal envuelto en papel de plata. Lo devora con ansia. Llama con insistencia a las puertas de los retretes. Silencio. Asoma la cabeza por debajo de una de las puertas. Vuelve a llamar. Nadie contesta. Aporrea la puerta de nuevo e intenta abrirla.

Voz de Chico.- (*Juvenil. Al otro lado de la puerta.*) ¡Déjame! Estoy ocupado. Ocupadísimo.
Dida.- Abre la puerta.
Voz de Chico.-¿Quién es?
Dida.- Abre, por favor.
Voz de Chico.-¿Quién es?
Dida.- Mauro, llevo toda la mañana buscándote, ¿dónde has estado?
Mauro.- ¿Cómo sabes mi nombre? ¿Quién eres?
Dida.- ¡Deja de hacerte el tonto! ¿No me oyes?
Mauro.- Sí, tienes voz de chica.
Dida.- Bien.
Mauro.- Bueno... de mujer.
Dida.- (*Se mira al espejo.*) Sí, de mujer.
Mauro.- Estás en el baño de chicos.
Dida.- Lo sé. Por eso tienes que salir rápido.
Mauro.- ¿Qué quieres?
Dida.- Tengo una sorpresa para ti.
Mauro.- Es Linda, ¿a qué sí? Está ahí contigo.
Dida.- No conozco a ninguna Linda.
Mauro.- ¿Cómo puedes oírme, entonces?
Dida.- Porque tengo dos orejas.
Mauro.- Sí, de adulta. Eso es como no tener orejas. Dile a Linda que no pienso salir.
Dida.- Linda no está aquí.
Mauro.- ¿Seguro?
Dida.- Compruébalo tú mismo.
Mauro.- Me estás engañando.

Dida.- Es verdad.

Silencio. Se escucha el movimiento del chico al otro lado de la puerta. Dida *se percata de que* Mauro *está mirando por debajo de la puerta.*

Mauro.- Sólo hay dos pies.
Dida.- Sólo estoy yo aquí.
Mauro.- Te ha enviado Linda.
Dida.- No, he venido por mi propia voluntad.
Mauro.- ¿Qué quieres?

Silencio. Dida *se mira al espejo.*

Dida.- (*A su reflejo.*) Sólo quiero que me dejéis en paz. Me he convertido en lo que queríais y ni siquiera así me dejáis vivir. Me echáis a la calle como una perra, después de haber abusado de mi fidelidad. Mi fidelidad a un trabajo que odio y a una vida que me asquea. Habéis puesto precio a cada exhalación de mis pulmones. Os ocupasteis de recordarme el camino con un sendero de miguitas de pan que siempre conducían a una empalagosa casa de edulcorantes y colorantes artificiales. Me busqué un trabajo que odiaba para pagar mis deudas por haber nacido y ahora... (*Hace una bola con el papel de plata del bocadillo y la tira contra el espejo.*) Espero que os aproveche la vieja casa de chocolate y que se derrita con vosotros / dentro.
Mauro.- Dentro de esa papelera hay más bocadillos.
Dida.- ¿Qué?
Mauro.- Tienes para elegir. Sandwich de jamón y queso, pan de Viena con chorizo, *pepito de fuagrás*... ¿Tienes hambre no?
Dida.- Sí, últimamente paso hambre. Pero no he venido a rebuscar en las papeleras. He venido para otra cosa.
Mauro.- ¿El qué?

Dida *suelta el globo de helio, que sube hasta perderse entre bambalinas.*

Dida.- (*Susurrando.*) Feliz cumpleaños.
Mauro.- ¿Cómo sabes que es mi cumpleaños?
Dida.- Es jueves. Cumples años dos días a la semana, los domingos y los jueves. ¿Sales y lo celebramos?
Mauro.-¿Quién eres?
Dida.- Me llamo Cándida, pero tú me dices / Dida.

Mauro.-¿Dida?
Dida.- Sí, soy yo.
Mauro.- Tu voz está...
Dida.- Cansada.
Mauro.- Rota.
Dida.- ¿Sales?
Mauro.- ¿Cuál es mi color favorito?
Dida.- El rojo.
Mauro.- ¿Y mi comida preferida?
Dida.- Los bocatas de Nocilla.
Mauro.- ¿Juguete?
Dida.- Globos de helio.
Mauro.- ¿Qué pasó el día que doña Carmen me descubrió durmiendo debajo de tu cama?

Silencio.

Mauro.- ¿Dida?
Dida.- ¿Qué?
Mauro.- Contéstame. ¿Quién se lo contó? ¿Lo sabes?
Dida.- Sí, lo sé. Pero eso ya no importa.

Silencio.

Mauro.- No lo sabes. No sabes lo que pasó, porque no eres Dida. La voz de Dida era aguda y saltarina, tanto que se te encaramaba en los oídos y no podías ignorarla. Tu voz es pesada, enorme y parece que anda a zapatazos. Es tirante, como la piel de las / cicatrices.
Dida.- (Se remanga y le enseña el brazo por debajo de la puerta.) Cicatrices. ¿Me crees?

Aparece Mauro**.** *Es difícil determinar su edad, pero tiene un aspecto extremadamente juvenil y alocado.*

Mauro.- ¡Dida!
Dida.- (*Abrazándolo.*) No has cambiado nada. Sigues teniendo un ojo de cada color, uno negro y el otro... ¿verde?
Mauro.- Tú sí has cambiado.
Dida.- ¿Desde cuando tienes ese ojo verde?
Mauro.- Siempre he tenido un ojo de cada color.

Dida.- Pero no verde.

Mauro.- Linda me lo ha cambiado. Decía que no le gustaba el amarillo.

Dida.- Linda es tu nueva amiga.

Mauro.- Sí. Me debe estar esperando fuera. (*Hace un amago de irse.*) ¿Quieres venir a jugar al escondite?

Dida.- Soy demasiado grande como para esconderme en ningún sitio. No te favorece mucho ese ojo verde, estabas más guapo con el amarillo.

Mauro.- ¿No daba un poco de miedo?

Dida.- Los niños de hoy día se asustan con cualquier cosa. Casa sí que daba miedo. Todas esas mujeres, vestidas de negro, luchando porque su silencio fuera el más doloroso de todos. Pero ahora es diferente, tendrías que verla. Pinté las paredes de colores y convertí todos los muros en cristaleras enormes por donde entra el sol todos los días. El patio está lleno de flores y el naranjo ha vuelto a crecer, inundando todo de un riquísimo olor a azahar. ¿Quieres venir?

Mauro.- No puedo entrar allí, ya lo sabes. Lo dijeron bien claro: tenías que convertirte en una...

Dida.- Mujer de provecho. Sí, lo sé.

Mauro.-Y dejar de fantasear con tonterías.

Dida.- Pero ya soy una mujer de provecho, así que puedo permitirme fantasear todo lo que quiera. Y tú, estás invitado.

Mauro.- ¿Y las mujeres?

Dida.- Se han ido todas, y se han llevado el olor rancio a queso podrido. Mauro.- ¿A dónde han ido?

Dida.- Se murieron. Una detrás de otra. Compitieron en todo, hasta para morirse. Cuando se murió mi abuela, empezaron todas a luchar por ser la siguiente. Eran tan absurdas, que hasta me divertían. A veces me sentaba a observarlas, como si estuviera viendo una película.

Mauro.- ¿Hace mucho que se murieron?

Dida.- La abuela enfermó un año después de que te fueras. Y de ahí, en un par de años me dejaron sola.

Mauro.- Podrías haberme avisado.

Dida.- No sabía dónde estabas.

Mauro.- Porque no me buscaste.

Dida.- Pensé que ya tendrías otro amigo.

Mauro.- Pues pensaste mal. Tardé mucho en encontrar a Linda. Me he pasado años metido en ese retrete, tal y como me dejaste. Y el olor no era mucho mejor que el de casa.

Dida.- Lo siento, Mauro. Entre los estudios, el trabajo, mi primer matrimonio, el divorcio, la enfermedad de mi segundo marido, el funeral, el despido... No he tenido tiempo de venir a buscarte antes.

Mauro.- Hablas como ellas.

Dida.- (*Triste.*) En cierto modo, soy parte de ellas. Pero, déjame darte la bienvenida como te mereces. Te he preparado una fiesta de cumpleaños en la "nueva" vieja casa. Vamos.

Mauro.-¿Puede venir Linda?

Dida.- Puedo esperar aquí a que acabéis de jugar.

Mauro.- Seguramente querrá que vaya a dormir a casa con ella, le da miedo la oscuridad.

Dida.- ¿Qué edad tiene?

Mauro.- Nueve años.

Dida.- ¿No es un poco mayorcita para que le de miedo la oscuridad?

Mauro.- Tú con su edad dormías con la luz encendida.

Dida.- Eso era porque a ti te daba miedo la oscuridad.

Mauro.- Sí, eso fue lo que te inventaste cuando doña Carmen vio la factura de la luz.

Dida.- Mamá me habría castigado durante siglos si hubiese sabido la verdad.

Mauro.- Pero como a mí no me podía castigar, todo era mi culpa.

Dida.- Eso es lo que ella creía. (*Ríe.*) No me extraña que pensara que no eras una buena influencia para mí.

Mauro.- Y tú te lo creíste.

Dida.- Me convencieron.

Mauro.- Te convenía que te convencieran.

Dida.- No tenía otra opción.

Mauro.- Más que echarme de casa.

Dida.- Sa... (*Pausa.*) Sabiondo.

Mauro.- (*Desconcertado al principio, después reacciona.*) Domadora.

Dida.- Ratón.

Mauro.- Tonta.

Dida.- Tarado.

Mauro.- Domadora.

Dida.- ¡Repetido!

Mauro.- Tú ganas.

Dida.- Como siempre.

Mauro.- Me diste muchos cumpleaños, pero muy poco vocabulario.

Dida.- Imagino que no importaban mucho las palabras en aquella época.

Mauro.- Pero luego sí. Te casaste con un catre… dático de la Lengua.

Dida.- Catedrático.
Mauro.- Como se diga.
Dida.- ¿Me has estado espiando?
Mauro.- Intenté volver, pero no me dejaste. Llegó el invierno y empezaste a cerrar todas las ventanas.
Dida.- Hacía frío.
Mauro.- A lo mejor es que tú no eres Dida. Dida era muy calurosa.
Dida.- La gente cambia.
Mauro.- Yo no he cambiado nada.
Dida.- Eso es lo mejor de ti, que no cambiarás nunca.

Silencio.

Mauro.- ¿Quién le dijo a doña Carmen que yo dormía debajo de tu cama?
Dida.-¿Para qué lo quieres saber ahora? Mamá ya no está, ¡qué más da!
Mauro.- Sólo Dida sabe eso, ¿cómo voy a saber que de verdad eres tú?
Dida.- Puedes verme.
Mauro.- No pareces tú. Tu piel se derrama.
Dida.- (*Contempla su reflejo.*) Es el peso del tiempo. El tiempo nos mata lentamente. Cada vez que miramos el reloj, envejecemos. Ahí empezó todo. Me regalaron mi primer reloj, mi primera agenda y mi primer calendario. Por eso lo descubrió mamá. Por eso te delaté. Mi vida empezó a programarse como las lavadoras. Y dentro de los planes de doña Carmen no eras posible. Su hija se estaba volviendo loca. (*Se vuelve a dirigir a* Mauro). Pero por dentro, sigo siendo como tú, Mauro. (*En voz baja, a la vez que* Mauro.) Pero yo no puedo verte por dentro.
Mauro.- Pero yo no puedo verte por dentro.
Dida.- ¿No confías en mí?
Mauro.- Confío en Dida.
Dida.- Entonces ven, te está esperando para celebrar tu cumpleaños.
Mauro.- Ya te he dicho que no puedo dejar a Linda sola.
Dida.- ¿Por qué estás enfadado con ella?
Mauro.- Es muy cabezota. Siempre hacemos lo que ella quiere.
Dida.- Pero hoy te toca elegir a ti.
Mauro.-Eso ya no funciona así.
Dida.- No me parece justo. Si es tu cumpleaños, tú eliges. Siempre ha sido así en casa. Todos los jueves y los domingos te toca elegir juego a ti. Los domingos solemos hacer fiesta de disfraces, porque a ti te encanta ponerte la toquilla de la abuela como si fuera una capa de Superman. Y puedes invitar a quien quieras. Suele venir tu primo, el que habla al revés.

Mauro.- Pero dejó de venir. Decía que le aburría estar esperando a que volvieras de misa. En casa de Linda nadie va a misa.

Dida.- Yo tampoco voy a misa ya. Puedes invitar a tu primo a casa todos los domingos que quieras.

Mauro.- Ha pasado tanto tiempo que no sé ni donde está.

Dida.- Te ayudaré a encontrarlo si quieres.

Suena la campana de nuevo.

Dida.- Es la hora Mauro, tengo que irme. ¿Vas a venir?

Mauro.- ¿Por qué no hacemos la fiesta aquí?

Dida.- Tengo visita en casa, nos están esperando.

Mauro.- ¿*Nos* están esperando?

Dida.- Sí, les aseguré que vendrías. Si no apareces se enfadarán.

Mauro.- ¿Son adultos?

Dida.- Sí.

Mauro.- No les voy a gustar.

Dida.- A ellos seguro que sí. Eres justo lo que están esperando encontrar.

Mauro.- Mejor voy otro día que estés sola.

Dida.- Quiero que te conozcan.

Mauro.- ¿Quiénes son? ¿Son amigos tuyos?

Dida.- No exactamente. Pero me van a ayudar. (*A su reflejo.*) Me van a hacer un gran favor. ¿Querían una loca? Pues van a tener una loca. Una loca que habla sola y juega a los encadenados consigo misma. Una enferma mental que no podrán abandonar en una gasolinera como a un perro viejo. No van a dejar en la calle a una pobre e inofensiva chalada sin trabajo. Me tendrán que dar cama y comida caliente. (*A* Mauro.) Sólo tienes que venir / conmigo.

Mauro.- Conmigo los adultos se ponen nerviosos. (*Pausa.*) Tus ojos también han cambiado, se han hecho pequeños. ¿Te los han cambiado ellos?

Dida.- Sí. Los han vuelto tan pequeños para que no te viera. Pero ya te he encontrado y ahora van a ser ellos los que se hagan pequeños.

Mauro.- ¿Cómo sé que no me echarás otra vez de casa?

Dida.- Nos iremos a vivir a otro lugar donde nos cuidarán a los dos. Habrá otros como tú y les gustarás a todos. Los locos no miran la hora. Estaremos a salvo.

Mauro.- Pero Linda... No puedo irme ahora.

Dida.- Te acabará echando ella. Linda crecerá y su madre le pedirá que deje de ser tu amiga. Y volverás aquí otra vez. Siempre pasa igual. Te harás otra amiga y volverá a dejarte. Si te quedas conmigo, volverás a tener tu ojo amarillo. Doña Carmen no podrá separarnos nunca más.

Silencio.

Mauro.- Máscara.
Dida.- Rabiosa.
Mauro.- Sanatorio.

Silencio.

Dida.- (*Inicia el mutis.* Mauro *le sigue.*) Riostra, trayectoria, riada, dádiva, valor, loriga, galimatías...

103. *Encadenados*, Isabel Vidal

teatro-mínimo

t nº cuatro